ALFAGUARA
SERIE ROJA

Marcelo Birmajer

El túnel de los pájaros muertos

Marcelo Birmajer

El túnel de los pájaros muertos

© 2010, MARCELO BIRMAJER
© De esta edición 2010, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad de Buenos Aires, Argentina
ISBN: 978-987-04-1608-1
Hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Libro de edición argentina.
Impreso en Uruguay. Printed in Uruguay Primera edición: septiembre de 2010
Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA
Edición: VIOLETA NOETINGER
Imagen de tapa: CARLUS RODRÍGUEZ

Birmajer, Marcelo
El túnel de los pájaros muertos. - 1a. ed. - Buenos Aires : Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, 2010.
112 p.; 14x23 cm. (Serie Roja)
ISBN 978-987-04-1608-1

Indice

01 El cumpleaños
02 El Instituto
03 Un muerto inquieto
04 Tú eres otro
05 La isla de las cartas rechazadas
06 En busca del profesor loco
07 Ahora Matías es Lucas
08 Una visita al parque de diversiones
09 De regreso a la nada
10 La libertad

1 EL CUMPLEAÑOS

Atilio Dentolini cumplía doce años, y por primera vez festejaría con sus compañeros de escuela.

Había llegado al colegio Piane un año después que el resto de sus compañeros, en segundo grado. El padre de Atilio asesoraba a empresas de distintas partes del mundo en asuntos de negocios. Atilio, aunque nacido en Buenos Aires, había pasado los primeros años de su infancia en París, mientras su padre viajaba de una punta a otra del planeta. Regresó a Buenos Aires a los siete años, con su madre, luego de que sus padres se divorciaran. Pero muy pronto la madre, para ganarse la vida, comenzó a trabajar como intérprete, y recorría el mundo, cumpliendo con su tarea en congresos, convenciones y conferencias. Atilio quedó al cuidado de un tía muda, aparentemente prima de su madre. O conocida. O tal vez simplemente era una señora muda a la que la madre le había pagado para que lo cuidara.

No era la situación ideal para entrar a un nuevo colegio, en segundo grado. En realidad, no era la situación ideal en ningún caso. Atilio pronunciaba muy mal el castellano, con un dejo francés, que causaba la sorna de los compañeros menos agradables. El acento francés, para los chicos malos del aula —dos, para ser más precisos: Tenia y Bacone—, representaba debilidad y cobardía. Y la convivencia con una tía muda no aceleró el cambio de acento. La madre pasaba a visitarlo dos o tres veces por año. El padre, con suerte, una vez cada dos años.

Atilio y su tía muda —la tía Nera— vivían en un departamento de dos ambientes, en el cuarto piso, en pleno barrio de Once. Específicamente sobre la calle Tucumán, a tres cuadras del colegio, sobre la calle Tucumán también. A la vuelta del colegio, sobre la calle Uriburu, había una casa abandonada. En esa casa había vivido una mujer que confeccionaba ropa, con su marido camionero. No habían tenido hijos, pero compartían la casa con una docena de

maniquíes, que la costurera utilizaba para presentar y probar sus vestidos.

El camionero solía abandonar la ciudad rumbo a la costa atlántica para abastecer de comestibles a distintos colegios e institutos de esa zona del sur de la provincia de Buenos Aires. Un día no regresó. Primero la gente del barrio pensó en un accidente. Pero pasaban los días y no había noticias. Algún camión había chocado por algún lado, pero no era el del marido de la costurera, como todos llamaban a Raúl.

A los quince días encontraron el camión abandonado, intacto, con las puertas abiertas, en un baldío del Once. Como un caballo que, habiendo perdido a su dueño, hubiera regresado solo al hogar.

Gladis, la costurera, pareció ser la primera en adivinar que Raúl ya no volvería, y no porque hubiera sufrido un accidente ni porque se lo hubieran llevado los extraterrestres —como solían hacer con los camioneros porteños, de noche, por las rutas desoladas— ni porque lo hubieran asesinado por una deuda de juego o para robarle, sino porque la había abandonado.

Al mes, Gladis confesó a algunos clientes que Raúl, algunas veces, la había amenazado con marcharse y no volver nunca más. Con el tiempo, lentamente, el camionero fue olvidado. La cara de Gladis no volvió a ser la misma; sus clientes decían que, de pasar tanto tiempo con maniquíes, y ya sin nadie con quien hablar por las noches, su boca había terminado por imitar la extraña expresión de sus muñecas tamaño natural. Pero seguía confeccionando una ropa estupenda y ofreciendo el mejor precio. Incluso comenzó a confeccionar y reparar ropa para hombres, lo que nunca había hecho antes de ser abandonada. Las vecinas lo tomaron por un buen signo: el deseo de conocer a un nuevo galán.

Pero dos años más tarde, en una investigación azuzada por la hermana de Raúl, Carola, se descubrió que Gladis había envenenado al marido.

Todos los martes, cuando Raúl se marchaba, Gladis lo despedía con un beso y una vianda: algún sándwich, algún refresco. Aquel martes, el beso y la vianda lo acompañarían al otro mundo. La propia Gladis había seguido, de incógnito, a su marido. Nadie sabía siquiera que supiera manejar. Había aprendido, tan en secreto como había preparado todo, simplemente para llevar a cabo su plan. Había observado cómo su marido se detenía a comer y cómo luego se echaba en el asiento trasero del camión a hacer la siesta, de la que nunca despertaría. Si no hubiera habido una hermana

interesada en saber la verdad, lo más probable es que nunca habrían descubierto a la costurera asesina.

A ningún camionero le llamó la atención que una mujer se subiera al camión de Raúl. Ni que un rato más tarde el camión arrancara. Tampoco habrían encontrado nunca el cuerpo, de no ser por la porfía de Carola. En eso Gladis había sido especialmente hábil: Raúl recibía a los clientes embalsamado, su cabeza cubierta por una máscara de papel maché, con un simpático sombrero de tango ladeado sobre la frente, tan elegante como cualquiera de los otros maniquíes. Pero era el único varón. A veces lucía un traje de alpaca; otras, un saquito para el otoño. Cuando la policía descubrió el cuerpo, Gladis solo atinó a decir:

—Era la única manera de que se quedara en casa.

Se la llevaron esposada.

La casa permaneció vacía: no se alquiló ni se vendió. Tampoco la destruyeron.

De Gladis nunca más nadie volvió a saber. Alguna vez escucharon que sufrió un ataque de otra reclusa en la cárcel, que le habían arrancado un diente a mano... Otros dudaban de que hubiese sobrevivido a la trifulca. Salvo para matar al marido, era una mujer bastante frágil.

Para cuando Atilio llegó al segundo grado del colegio Piane, la casa de la calle Uriburu llevaba diez años abandonada. Una tarde de julio de aquel segundo grado, cuando ya había llegado el frío a Buenos Aires y oscurecía

temprano, Tenia y Bacone desafiaron a Atilio, que era “el nuevo”, a visitar la casa abandonada, a la salida del colegio. Atilio tenía orden de su tía de regresar directamente del colegio a su casa, sin desviarse ni una de las tres cuadras. Tenia y Bacone lo acusaron de cobarde. Pero Atilio era en realidad el único que regresaba caminando solo del colegio a casa a los siete años.

Independientemente de si Tenia y Bacone efectivamente visitaron la casa abandonada aquella tarde, desde entonces se burlaron de Atilio.

Lo llamaban cobarde. Remedaban su acento francés. Los demás compañeros no se sumaban a las burlas, pero tampoco lo defendían. En su primer cumpleaños, Atilio se sentía tan alejado de todos que decidió no hacer ninguna fiesta. Su tía se la ofreció, pero bastó con que Atilio no respondiera para cerrar el diálogo. Atilio podía ser más mudo que su tía cuando se lo proponía.

Se hizo costumbre que Atilio no celebrara su cumpleaños, y tampoco era invitado a los de sus compañeros. En sexto grado, Tenia y Bacone se olvidaron incluso de burlarse de él.

Pero en séptimo grado fue la gran sorpresa: Atilio iba a festejar su cumpleaños. ¡El primer cumpleaños de Atilio!

Repartió las tarjetas: unas tarjetas infantiles, con un payasito multicolor, que decían: “TE INVITO A MI FIESTITA”.

A algunos de los chicos les causó gracia y otros lo tomaron como una ironía cool. Solo Tenia y Bacone consideraron, sin decirlo en público, que se trataba de las tarjetas de un tarado que nunca había crecido. Pero ellos no recibieron las suyas. Era lógico, Atilio, no los invitaba. Ni a ellos les interesaba. Sin embargo, un detalle vino a modificar este desinterés. En realidad, era algo más que un detalle. O, en todo caso, era un detalle muy significativo.

Ningún chico del aula había visitado nunca el departamento de Atilio, pero, por supuesto, después de pasar seis años con él, sabían perfectamente que vivía en un edificio, a tres cuadras del colegio, sobre la calle Tucumán. No obstante, la tarjeta indicaba como dirección la calle Uriburu.

En la primera impresión, los alumnos no le dieron mayor importancia a este dato, pensando que tal vez se tratara de un nuevo salón de fiestas. Pero al salir del colegio, aquel mismo día y en días sucesivos, comprobaron que no había ningún nuevo salón de fiestas sobre la calle Uriburu. Curiosamente, tardaron dos días en comprobar que el salón de fiestas o, para decir toda la verdad, el lugar donde se celebraría el cumpleaños, no era sino la casa abandonada.

Hubiera bastado con chequear la numeración de la calle Uriburu impresa en la tarjeta con la numeración de la casa para comprobarlo. Pero ningún compañero podría haber imaginado que se celebrara un cumpleaños en la casa abandonada. Por otra parte, la chapa con la numeración de la casa estaba completamente corroída por el óxido. Las ventanas estaban rotas. Las paredes, peor que descascaradas: como si estuvieran enfermas de una enfermedad que, en un hombre, sería sarna o lepra.

Se suponía que la casa solo estaba habitada por ratas y murciélagos. En cualquier caso, nadie había entrado allí desde que Gladis la abandonara, esposada, más de quince años atrás.

Sin que se lo preguntaran, Atilio, que nunca hablaba, aclaró en un recreo:

—La casa está en orden. La preparé especialmente para mi fiesta. Es mi último cumpleaños como alumno del colegio, y nunca festejé ninguno. ¿No les parece una idea sensacional hacerlo en la casa a la que nunca ninguno de nosotros se animó a entrar?

La respuesta de todo el alumnado fue un grito de admiración. Incluso hubo aplausos. También comentarios de aprobación. El "nuevo" Atilio era del agrado de todos. Esta declaración de Atilio, y la consiguiente aclamación, ocurrió el jueves, y el festejo era el sábado. Solo dos compañeros permanecieron silentes, los dos no invitados. De hecho, ni siquiera alzaron la voz para recordar, o fingir recordar, que ellos sí se habían atrevido a ingresar a la casa, en segundo grado.

Pero, en el siguiente recreo, Tenia se permitió dudar:

—¿Y cómo saben que los dejarán entrar?

Le contestó Susana, la niña más bonita del aula:

—Dice Atilio que su tía ha preparado todo. Incluso el permiso de entrada.

—Y yo le creo —agregó Luisa, la más simpática.

Atilio se había vuelto, en una semana, el varón más popular.

Tenia y Bacone no lo pudieron sufrir. Pero, como ya no tenían elementos para burlarse —Atilio, por esas fechas, incluso hablaba sin acento francés—, cambiaron de actitud, y tomaron el camino inverso, por el que suelen optar los bravucones cuando se sienten perdidos: la súplica. Primero buscaron a algún compañero que les hiciera de "correo" y sugiriera a Atilio que los invitara. Pero ninguno aceptó. Tenia le propuso a Bacone que sus padres hablaran con la tía muda —que suponían no era sorda— para pedir clemencia: no podía ser que invitara a todo el aula menos a ellos dos. El padre de Bacone, a regañadientes, aceptó, pero ni el jueves por la tarde ni durante el viernes pudo encontrar a la tía Nera. Cada tanto se la veía por la calle, en la verdulería o en la carnicería. Pero aquellos dos días, ni noticias. Parecía que, además de muda, se hubiera vuelto invisible. No tenían el teléfono de Atilio y, aunque lo tuvieran, no podían esperar que la tía atendiera el teléfono.

De modo que, llegado el sábado, los dos bravucones se apersonaron, a la hora señalada, emperifollados como el resto de los alumnos, engominados y perfumados, a hablar personalmente con el cumpleañero.

—Queremos pedirte perdón —dijo Bacone.

—En segundo grado fuimos muy tontos —siguió Tenia.

—Y en tercero no aprendimos nada —se disculpó Bacone.

—En cuarto, no sabíamos cómo parar —explicó Tenia.

—Y en quinto no sé qué nos pasó —murmuró Bacone.

—¡Pero en sexto no te molestamos más! —gritó Tenia.

—Y hoy venimos a suplicarte que nos perdones y nos permitas ser, por primera vez, tus amigos —recuperó la calma Bacone.

—Perdón —corearon ambos al unísono.

Atilio, por toda respuesta, les abrió la puerta y sonrió.

Bacone miró a Tenia y, por un momento, incluso llegaron a creerse sus pedidos de disculpa. Todos los demás alumnos ya estaban dentro de la casa. Atilio con un gesto de la mano, invitó a pasar a Tenia y a Bacone; cerró la puerta tras ellos.

Desaparecida o no, la tía Nera se había esmerado. La casa, por fuera, era tan lúgubre como siempre. Pero por dentro parecía un salón especialmente diseñado para un cumpleaños. Atilio había mantenido el tono de cumpleaños infantil, y ya todos, incluyendo Tenia y Bacone, lo consideraban un gesto “retro” moderno más que una desubicación.

La gigantesca mesa preparada en el medio del salón principal lucía platos con papas fritas, chizitos, conitos salados, y vasos de gaseosa con dibujos de perros y osos de las películas infantiles. También había gorritos en punta, silbatos con serpentina y matracas. Las paredes, aún despintadas, rancias y húmedas, estaban adornadas en lo alto con guirnaldas de papel crepé. Había una incoherencia un poco tétrica entre los elementos del cumpleaños y la casa gris y achacosa. Pero los alumnos estaban demasiado emocionados por festejar un cumpleaños allí adentro como para reparar en esa combinación. Muchos habían tenido que discutir con sus padres para que los dejaran concurrir. Incluso a una de las chicas se lo habían prohibido. Pero de todos modos allí estaba: luego de mentir a los padres que el cumpleaños finalmente se haría en una pista de patinaje sobre hielo.

Los presentes se consideraban increíblemente afortunados. De aquel cumpleaños se hablaría durante años, aun cuando dejaran de verse. Se lo contarían a sus nietos. Después de todo, era el último año que pasarían juntos.

Atilio se comportaba como el perfecto anfitrión. Saludaba a uno, le servía gaseosa a otro, le indicaba a un tercero dónde estaba el

baño. No había adultos. Ni siquiera la tía Nera. El propio Atilio se apareció con la torta de chocolate y la dejó en el medio de la mesa. Todos aplaudieron.

—Silencio, por favor —pidió Atilio. Y se paró arriba de una silla —. Pueden comenzar a comer la torta —anunció.

Había cuchillos, cucharitas y servilletas, de modo que cada cual se eligió su porción. Los cuchillos tenían el logo del osito Winnie Pooh; las servilletas estaban estampadas con Bambi, y las cucharitas eran la silueta de Cruella De Vil.

—Solo una cosa más —agregó Atilio, cuando todos estuvieron con las bocas llenas—: como estamos en la casa de la envenenadora, es lógico que al menos un trozo de pastel esté envenenado. La suerte es loca: al que le toca, le toca.

Un silencio desconocido inundó la vieja casa abandonada. De pronto, del primero al último de los alumnos repararon en el contraste entre las chucherías infantiles del cumpleaños y la casa donde vivía la costurera que había asesinado a su marido. Los pedazos de torta quedaron súbitamente detenidos en sus bocas, que dejaron de segregar saliva, como si alguien los hubiera detenido en el tiempo con el botón de pausa. Los que tenían ya la torta descendiendo por la garganta, la regurgitaron y la escupieron discretamente en la servilleta, haciendo luego un bollo que dejaron caer bajo la mesa.

Atilio estalló en una carcajada. La sorpresa superó incluso la provocada por el comentario, puesto que nunca nadie antes lo había escuchado reír.

—¡Era una broma! —gritó Atilio, como un contador de chistes que se ovacionara a sí mismo.

Y ya no cabía duda de que aquella era la mejor fiesta de los siete años que habían compartido, con esa broma macabra espectacular, que los había dejado pálidos y temblorosos. Ahora disfrutaban más la torta, que de por sí estaba exquisita.

—Lo que en ningún cumpleaños puede faltar —siguió con las presentaciones Atilio— es un mago.

Y en el medio del salón, como corporizado por las palabras del cumpleañero, apareció un extraño mago, tiznado el rostro de negro, con una galera, capa y levita de show.

—Les presento a Baltasar —completó Atilio.

Los cumpleaños habían dejado de contar con magos desde cuarto

grado, y al verlo aparecer una ráfaga de melancolía sacudió los corazones de los invitados. Era cierto que marchaban hacia la adolescencia, pero aún no dejaban de ser niños y, antes de entregarse de lleno a las discotecas y la vida nocturna, ¿por qué no despedirse de la niñez en toda regla, con un mago, una torta, papas fritas? ¡Con un cumpleaños de verdad!

El mago sonrió ampliamente. Los dientes relucieron en el rostro tiznado de negro, pero no eran blancos sino amarillentos, relucían al modo de un tubo fluorescente, de noche, en la sala de espera de un hospital.

Y en el medio de la dentadura, vistosamente, había un cuadrado vacío.

—Che —gritó Tenia, envalentonado por la broma macabra que se había permitido Atilio—. Este mago no debe de ser muy poderoso: ¡no logró hacer aparecer el diente que le falta!

Nadie se rio del chiste. Tenia había perdido todos sus puntos. Pero Atilio le contestó, con un tono elegante y contenido:

—Lo lamento, Tenia. El mago es realmente muy eficaz. Pero solo lo contraté para que haga desaparecer cosas, no para que las haga aparecer.

Se hizo una brevísima pausa, y el mismo Atilio gritó:

—¡Que comience la función!

—Voy a necesitar un voluntario —dijo el mago. Y se quitó la capa.

La voz del mago quedó flotando en el aire de la casa abandonada. Nadie se atrevió a contestar. Era una voz marchita y a la vez firme. Como una planta seca que sin embargo permanece de pie cuando todas las demás, mucho más saludables, han caído. Una planta que se hubiera acostumbrado a vivir sin agua y hubiera cambiado la belleza y la fragilidad por la amargura y la supervivencia.

Bacone levantó la mano. El mago se apresuró a aceptar al voluntario. Los alumnos estaban tan fascinados, incluso atemorizados, por el mago, que no fueron capaces de distinguir si Bacone levantaba la mano para presentarse como voluntario o por algún otro motivo. Pero... ¿por qué otro motivo podría levantar la mano? ¿Para qué? ¿Qué casualidad podría reunir el gesto de levantar la mano cuando el mago pedía un voluntario, con un motivo que no fuera exactamente ese? Habría hecho falta ver a

Bacone llevarse la otra mano a la barriga para suponer otra cosa. Habría sido necesario que alguien, alguien que no fuera Atilio, al menos, descifrara en el rostro de Bacone una mueca de dolor, un rictus; para intuir, adivinar, sospechar, que esa mano levantada era en realidad un pedido de ayuda, motivado, quizá, por un dolor feroz, como una ráfaga de espinas, en el estómago. Pero todas las miradas estaban clavadas en el rostro tiznado de negro del mago, tiznado como el de un niño mal maquillado haciendo de moreno en un acto escolar.

Si fuera posible ver un sonido, podríamos decir que los ojos de los alumnos se habían quedado colgados de la voz del mago, una voz que parecía haber permanecido enterrada durante siglos y emergía con una potencia aterradora, en un volumen que, sin ser alto, no era de este mundo. El diente que le faltaba entre medio de la dentadura amarilla: una cerradura que dejaba ver una noche interminable.

No había terminado de levantar la mano Bacone cuando el mago lo cubrió con su capa. Y, en cuanto la retiró, Bacone faltaba.

Todos aplaudieron.

El mago, a modo de reverencia, dejó la capa sobre la mesa.

—Antes de que aparezca Bacone —dijo el mago—, necesito otro voluntario.

A nadie se le ocurrió preguntar cómo conocía el apellido del compañero. ¿Cómo podía saber el mago que se apellidaba Bacone el voluntario? Bueno, tal vez era un mago de los de antes, de los que también son prestidigitadores, escapistas y adivinos...

Retiró la capa de la mesa y, bajo la capa, apareció un ataúd.

El mago lo abrió y dijo:

—¿Quién se anima a que lo corte en dos?

—¡Es tu tía! —gritó Tenia. Bacone no aparecía.

—¿Quién? —dijo Atilio, impostando sorpresa en la voz.

Tenia no había quitado ni por un segundo la mirada de la cara del mago. Aun tiznada, y con la galera, algo había desatado en Tenia la intuición. Quizá la voz, tan estrambótica. O un gesto. No se podía saber. Pero algo dentro de él lo había hecho gritar aquel absurdo.

—Imposible —dijo con toda tranquilidad Atilio—. Mi tía es muda. Y, además, se fue a visitar a unos parientes. Vuelve recién el lunes.

—¿Qué? ¿Te dejó solo? —lo desafió Tenia.

—Ah —respondió Atilio—. Estar solo es algo que aprendí en segundo grado. Creo que es lo único que puedo decir que aprendí a la perfección.

Bacone seguía sin aparecer.

—Yo acepto ser el voluntario con una condición —porfió Tenia.

Tanto el mago como Atilio hicieron el hospitalario gesto de invitarlo a hablar.

—Después del truco, que el mago se limpie la cara y se quite la galera.

—¿Y eso para qué? —replicó con calma Atilio.

—Simplemente quiero que se sepa que es tu tía, y que no es muda.

—Le puedo asegurar —dijo el mago con su voz rasgada— que no soy la tía de este señor.

—Ese es mi trato —se empacó Tenia.

El mago y el cumpleañero aceptaron con un asentimiento de cabeza.

Tenia se subió convencido a la mesa y entró al ataúd. Estaba preparado para que la cabeza y los pies quedaran por fuera.

—Menos mal —fue lo último que dijo Tenia—, porque soy claustrofóbico.

De algún lado apareció un hacha, y el mago cortó el ataúd al medio. De un lado quedaron los pies, y del otro la cabeza, como siempre en estos trucos. Pero el súbito cambio de color del rostro de Tenia, de rosado a un amarillo pálido, un poco más aguado que el color de los dientes del mago, no era algo habitual de ver, ni en estos trucos ni en ninguna otra circunstancia. ¿Chorreaba algo bajo el ataúd? No pudieron discernirlo: se cortó la luz.

Estar a oscuras en aquella casa no era lo mismo que jugar al cuarto oscuro en la propia. Una de las chicas pegó un alarido. Los varones intentaban contenerse, y buscar la salida, o una rendija por donde se colara luz. Pero, en cuanto comenzaron a oler humo, se sumaron al alarido femenino. Estaban chocándose entre ellos cuando asomó la primera llamarada. Venía del fondo, del salón de costura, donde la policía había encontrado el maniquí de Raúl.

Se abrió la puerta de entrada. Los chicos escaparon en estampida. Bacone seguía sin aparecer. También faltaba Tenia.

Al día siguiente, la casa no era sino una extendida superficie de cenizas, con pedazos de cemento como ruinas, aquí y allá.

En el Once nunca más se supo del mago ni de Atilio. Ni de la tía Nera. Tampoco de Tenia ni de Bacone.

Con los años, comenzaron a tejerse hipótesis. Una aseveraba que Nera y Atilio habían conspirado juntos. Otra sugería que el mago no era Nera, sino Gladis, la costurera asesina. ¿En qué se basaba esta versión? En la pelea en prisión, a la que había sobrevivido, Gladis había perdido un diente. Siempre según esta versión, la tía Nera había concurrido al presidio, y se las había arreglado para intercambiar identidades con Gladis, quien había salido libre para ejecutar la venganza de Atilio; mientras Nera ocupaba su lugar en la celda, disfrazada quién sabe cómo o con qué engaño.

Igual que había logrado envenenar a su marido, y lo había seguido, sabiendo en qué momento se detendría a comer; también había sabido manipular a Tenia para que aceptara encerrarse en el ataúd. Y, por supuesto, envenenar convenientemente a Bacone con la ración exacta.

Una tercera versión proponía que Gladis y Nera eran la misma persona. Que la eficiente costurera confeccionó un nuevo modelo de su rostro y, sintiéndose impune, había vuelto al barrio de su caída, con la única precaución de ocultar su voz. A ser nuevamente el ama de casa del hogar del veneno. La anfitriona de la casa de la muerte.

Para la policía, y para la gente sensata del barrio, solo se trató de un incendio. Posiblemente Tenia y Bacone hubieran muerto en ese siniestro. Una casa abandonada hacía más de quince años, con las instalaciones eléctricas en mal estado, sin matafuegos, no era el lugar adecuado para festejar un cumpleaños.

2 EL INSTITUTO

Si bien nunca nadie más supo de Atilio Dentolini por el barrio de Once, apareció por el instituto Baldesarre dos o tres años después.

El instituto Baldesarre estaba lejos de cualquier lado. Casi en otra dimensión. No se trataba de una distancia geográfica. Se alzaba en la localidad de Garro: más cerca de la Capital Federal que, por ejemplo, Mar de las Pampas. Pero, mientras que Mar de las Pampas era un selecto destino turístico, nadie más que los docentes, no docentes y alumnos conocían Garro y el instituto.

El mar no llegaba a Garro. Hacía una extraña finta y continuaba bordeando los centros turísticos. Como casi todas las personas normales, esquivaba la localidad.

Garro era una ciudad costera seca. Y lo que en las otras ciudades tenía su encanto —el clima frío de la noche, el paisaje agreste, el viento—, en Garro resaltaba el ánimo depresivo de la ciudad. De haber llegado el mar, posiblemente el instituto no habría prosperado. Eran una institución y un edificio que se alimentaban de depresión. En una ciudad algo más viva, con más movimiento, o más conocida, se habría derrumbado. Para cerrar el cuadro, a una calle de tierra del instituto yacía un parque de diversiones clausurado. La calle de tierra, de dos metros de ancho y cinco kilómetros de largo, era una frontera sin vallas, que separaba el instituto del parque de diversiones.

El instituto tenía doscientos años de vida, y había visto surgir y perecer al parque. El parque se había construido en 1955, y comenzó con solo dos juegos mecánicos: una gigantesca montaña rusa y las sombrillas vertiginosas; ambas atracciones rodeadas de varios puestos de kermés: tiro al blanco, voltear muñecos a pelotazos, llenarle de agua la panza al payaso de goma, dardos contra globos y cerbatanas que debían impactar en ciervos de metal que se deslizaban por una cinta corrediza. En 1960 se incorporó el laberinto de cristal, y año tras año fueron sumándose otros artificios:

las tazas giratorias, el tren fantasma, el Conga y el Matterhorn.

Nadie sabía de dónde venían los clientes. Pero, los que llegaban, iban exclusivamente al parque: jamás intercambiaban una palabra con los alumnos o profesores del instituto. Como si la calle de tierra separara dos mundos incomunicables.

El resto de la ciudad estaba vacía y desierta. Hasta el instituto sólo llegaba un camión; incidentalmente, durante decenas de años, conducido por Raúl, el marido de Gladis. Y, cuando Raúl murió, cada mes llegaba otro camionero, siempre anónimo, sin interés en darse a conocer ni conocer a nadie.

El parque había sido un refresco para los alumnos, aunque no les permitían usarlo. Solo hubieran podido probar los juegos los domingos, acompañados de sus padres, durante el horario de visita. Pero lamentablemente el parque cerraba los domingos.

De modo que el refresco era solo para la vista: los alumnos del Baldesarre podían solazarse viendo y escuchando cómo niños de localidades desconocidas montaban en las sombrillas vertiginosas, hacían girar las tazas o soltaban alaridos en la montaña rusa. También llegaban a sus oídos las leyendas del parque: por ejemplo, la del niño que se había perdido en el laberinto de cristal y al que nunca más habían encontrado. Aun insatisfactorio, al menos era algo más para ver que no fuera la lontananza y esa mezcla que no era ni tierra ni arena y se metía por los oídos y las fosas nasales.

Claro que un parque de diversiones a dos metros de distancia era una tentación difícil de soslayar. Tal vez, de no haber roto las reglas, el parque habría durado otros tantos años, y los alumnos habrían continuado entreteniéndose en los recreos, espiando y escuchando cómo se divertían los demás. Pero, una noche cualquiera, Lucas, uno de los dos gemelos Baden, atravesó la franja de tierra que, sin ningún impedimento físico, separaba la diversión de la obligación. Pagó los boletos y visitó las muy distintas atracciones del parque. El último divertimento fueron las sombrillas vertiginosas. Fue el último divertimento de su vida. La sombrilla se desprendió de su eje y chocó contra una de las columnas de luz. El parque fue inmediatamente clausurado.

El director del instituto Baldesarre nunca había soportado el parque enfrente. Le molestaban los gritos y las escenas de los jóvenes jugando, fuente de distracción para sus alumnos, y el permanente foco de tentación que el parque representaba. Lo que las malas lenguas sugerían era que el propio Mario Lezpe, el director, había aflojado una de las sombrillas vertiginosas, con la ilusión de

que aquello acabara de una vez por todas, tras tantos años de continua molestia. Después de todo, podía argumentar Mario Lezpe, el instituto había llegado primero, por más de un siglo, a aquel páramo. Pero si realmente se había tratado de un plan demencial de Lezpe, nunca imaginó que la víctima sería un alumno del Baldesarre. Vale decir, que mataría a unos de sus chicos.

El parque cerró, pero junto con el parque se marchó también Lezpe, responsable, como director del colegio, del alumno que había fallecido. (No obstante, antes de marcharse, Lezpe advirtió a los alumnos: “Yo me voy, pero al menos les ha quedado claro lo que ocurre cuando se desobedecen las reglas”).

De algún modo, el triunfo fue del parque: porque, mientras Lezpe debió marcharse de Garro, y de la docencia, por el resto de su vida (que no fue mucho más larga), el parque, aunque desactivado, permaneció en su sitio. Desierto e inanimado, pero en el mismo sitio. Los juegos, apagados, persistían. Cuando el viento arreciaba, podía escucharse el chirriar de una de las sombrillas, siempre el mismo chirrido desafinado e irritante, como de un pájaro moribundo, como invitando a algún otro incauto a que la montara.

Con el correr de los años, muchos de los internos que habían visto el parque en funcionamiento egresaron y se fueron para siempre. Y los nuevos que ingresaban, si bien a todos llegaba la versión de la muerte de Baden en la sombrilla vertiginosa, no hubieran apostado su día de visita a que el parque había funcionado alguna vez. Si bien aún cursaban en el Baldesarre los muchachos de la edad de Baden y su gemelo Matías; ellos no hacían el menor esfuerzo por desmentir la idea de que tal vez el parque hubiera nacido abandonado, como creían muchos de los chicos que allí vivían.

Un anciano, que tenía prohibida la entrada, cada tanto se aparecía a engrasar una sombrilla, pero los guardias del Baldesarre lo echaban a gritos y, cuando hacía falta, a piedrazos. Se decía que era el antiguo cuidador de las sombrillas funestas. Los alumnos tenían prohibido hablarle. Y en lo referente al parque, aun sin saber si alguna vez había funcionado, preferían no violar las reglas.

Los alumnos del Baldesarre eran internos, o internados. Vale decir que vivían en el instituto, en pabellones compartidos, en cuartos de a cinco, de a cuatro, o en habitaciones individuales, según las jerarquías, el comportamiento o las notas. Se llamaban a sí mismos “Huérfanos con padres”. Porque, si bien aquello no era un orfanato, habitaban allí porque los padres habían querido sacárselos

de encima. El clima, la desolación, el color de Garro, acompañaban esta convicción. Casi siempre hacía frío y soplaba agresivamente el viento. Y, cuando hacía calor, era un calor desesperante, como estar dentro de un horno, pero que no cambiaba el color gris metálico, opaco, sin brillo, que atenazaba la vida de los internos desde que amanecía hasta que oscurecía. Era un ambiente que invitaba a no saber si se estaba vivo o muerto, en la

Tierra o el Infierno, y donde muchas veces se dejaban sin resolver los misterios más acuciantes, por falta de energía, por falta de interés, porque sí.

Por ejemplo, el ingreso de Atilio Dentolini. Ni los del curso de Baden recordaban si había llegado antes o después de la clausura del parque. Corrió como por un teléfono descompuesto la noticia de que Dentolini tenía al menos dieciséis años. Y, sin embargo, lo dejaron en primer año como si tuviera trece. Al año siguiente continuaba en primer año y su apariencia no había cambiado. Tanto los de primer año como los de los años subsiguientes sabían que de primero a segundo comenzaba a crecer la barba; el cuerpo, por poco que fuera, se desarrollaba; se ensanchaban las espaldas, aparecían granos en la frente y en la cara. Pero Dentolini permanecía exactamente igual al día en que había llegado, y no pasaba de primero a segundo. Beak, de tercer año, propuso que, por motivos que ignoraban, Dentolini no cumplía años. Por circunstancias desconocidas, a los trece años había dejado de crecer. El propio Atilio le recomendó que se metiera en sus cosas, y Beak, que era creativo pero no molesto ni estúpido, atendió la recomendación.

3 UN MUERTO INQUIETO

Lucas Badén, el gemelo que violó las reglas y entró al parque de diversiones, murió a los trece años. Los padres simplemente enviaron un telegrama, pidiendo a las autoridades del colegio que lo enterraran del modo más discreto posible. El entierro fue a las seis de la mañana. No tenía amigos y Matías, su hermano gemelo, se quedó dormido. De modo que el único asistente a su entierro fue su enterrador, el viejo Toribio, el portero, mecánico y ordenanza general del Instituto Baldesarre. Solo una placa de bronce, empotrada en el suelo, sobre la parcela de tierra donde había sido enterrado, justo en el límite entre el instituto y el parque clausurado, recordaba que alguna vez había existido Lucas Baden.

Aunque el parque estaba clausurado, sus juegos vacíos no dejaban de ser una poderosa atracción para los alumnos; pero la placa de Lucas Baden, muerto en la sombrilla vertiginosa, era la mejor advertencia, mucho más poderosa que un alambrado, para aquellos que quisieran violar las reglas. Había alumnos que caminaban

tres kilómetros para alejarse lo suficiente de la placa del muerto, para atravesar los dos metros y medio de ancho sin tener que pisar el nombre del rebelde fracasado. Pero, por donde quiera que un alumno quisiera cruzar del instituto al parque clausurado, allí aparecía la placa.

Tal vez por temor, o por hastío, alguien se encargó de hacer desaparecer la placa. Aparentemente, Matías Baden fue el primero en intentar cruzar la frontera entre el instituto y el parque, en cuanto desapareció la placa de su gemelo muerto. Pero los compañeros de habitación —los tres restantes, luego de la muerte de Lucas— lo encontraron esa misma noche. Temblaba y lloraba sin lágrimas.

—Me agarró el pie —decía con sollozos secos, entrecortados—. Cuando traté de pasar, me agarró el pie.

Durante varios meses bastó ese testimonio para que, aun sin placa, nadie se atreviera a cruzar. Todo el mundo sabía que, en algún punto, a lo largo de esa frontera de cinco kilómetros de largo por dos metros y medio de ancho, yacía enterrado el cuerpo de Lucas Baden.

De todos modos llegó el día en que un grupo de internos, con ánimos de sentirse audaces, fue a consultar a Atilio Dentolini sobre cómo atravesar la frontera entre el Baldesarre y el parque.

Atilio Dentolini, el alumno que no cumplía años, se había transformado en una celebridad. Pasaba los recreos solo, bajo el sol, sin jugar ni conversar con sus compañeros de división, ni con los de las divisiones mayores. Siempre compartía el primer año con una oleada de alumnos nuevos, y conocía como compañeros a la mayoría de los alumnos de los cursos mayores, puesto que todos los años repetía primer año. Ni el director ni los profesores lo incomodaban al respecto. La versión era que Lezpe, antes del terrible desenlace de Lucas Baden y la sombrilla vertiginosa, había intentado escribir una carta a los padres de Dentolini, donde quiera que estuvieran, para manifestarles su preocupación por las continuas repeticiones de Atilio.

Pero el día anterior a que enviara la carta sucedió el accidente en el que murió Baden. La carta quedó en el cajón del escritorio de Lezpe. Apenas Lezpe fue expulsado de su puesto, Enrico Fineo, el profesor de geografía, asumió interinamente la dirección del Baldesarre.

Fineo tardó una semana en encontrar la carta escrita y nunca enviada por Lezpe, ya que el día en que abrió por primera vez el cajón salió de este una rata que le mordió la mano. Nunca antes se había escuchado de la existencia de ratas en el Baldesarre, y nunca más se volvió a escuchar después.

Fineo mató a la rata a pisotones y sólo después, con la suela de los zapatos sucia de esa pulpa roja y grisácea, descubrió que el animal se había quedado con uno de sus dedos entre los dientes.

Desde entonces, los alumnos murmuraban: “Fineo sin un dedo”.

El cajón fue retirado por Marita, la señora de la limpieza, pulcramente limpiado, sin quitar ni agregar nada de lo que contenía, y devuelto al escritorio. De todos modos, Fineo no se animó a abrirlo hasta una semana más tarde.

En cuanto logró sobreponerse al miedo, revisó el cajón de su predecesor y encontró el sobre con la dirección de la calle Tucumán,

listo para ser enviado a los padres de Dentolini. Seguramente por la acción de la rata, el sobre aparecía mordisqueado y sucio. Fineo intentó abrirlo con un abrecartas, pero el dedo faltante y el vendaje se lo hicieron difícil. El resultado fue que rompió el papel con el mensaje escrito por Lezpe. Lo pegó, aunque no se terminaba de entender, e intentó reproducirlo para enviarlo. Pero no le resultaba fácil. Las palabras que descifraba por la mañana de una manera cambiaban por la tarde. Decidió no copiar la carta textualmente, sino su contenido: informar a los padres de Dentolini que hacía años que este no pasaba de primer año.

La tarde del día en que terminó la carta y se la entregó a Toribio para que la llevara al correo de Mar del Plata, Fineo se volvió loco. Primero dio una clase de geografía donde explicó que existía otra mitad de la Tierra, que nadie había descubierto, a la que él pertenecía, y en donde estaba su dedo. Anunció que iría a reunirse con su dedo. Luego intentó morderse el dedo que no tenía, y acabó arrastrándose por el suelo, entre los alumnos, buscando el dedo entre los pupitres, mientras echaba espuma por la boca. Debieron llevárselo al Manicomio de Mar Serena, a unos cuarenta minutos de distancia. Toribio envió la carta de todos modos, pero la detuvieron en el correo: en el interior del sobre, de modo inexplicable, apareció el dedo tieso y desangrado, como un pan rancio. La carta nunca llegó a destino.

Paradójicamente, el hecho de que Dentolini repitiera todos los años primer año no lo convertía en el muchacho tonto del instituto, sino, por el contrario, en el poseedor de un extraño prestigio de sabio. Atilio Dentolini no crecía, pero parecía mirar el mundo con la precisión de un viejo que nunca hubiera nacido y que por eso mismo nunca iba a morir.

Si bien ningún compañero sabía su edad, sí sabían que Dentolini era la persona más indicada para pedirle consejo con respecto a fronteras, reglas, verdades y mentiras del Instituto Baldesarre. Algunos lo llamaban El Inmortal. Otros, El Detenido. Nadie le decía “repetidor”. Había, por supuesto, muchachos tontos en el Baldesarre, como en todas partes. Pero ninguno tan tonto como para llamar a Dentolini repetidor.

El grupo de alumnos de quinto año, Covagliato, Peraza y Gerban, liderados por Esteban Macciole, fue a consultar a Dentolini con respecto a cómo eludir el fantasma de Lucas Baden: querían escaparse del instituto de noche y colarse en el parque clausurado. Covagliato, Peraza y Gerban compartían habitación con el gemelo

sobreviviente, Matías Baden.

—No lo hagan —fue la primera respuesta de Atilio.

El resto del grupo se resignó a obedecer esta primera sugerencia; pero Macciole, obsesionado con el parque, prefería morir o volverse loco antes que pasar las noches en el instituto, anhelando los juegos oxidados y la oscuridad misteriosa del otro lado de la frontera, a apenas dos metros y medio.

—Mi padre me envía todos los domingos una caja de chocolates franceses. Te los entregaré a partir del próximo domingo, sin tocarlos, si me aconsejas acerca de cómo escaparme del instituto y entrar al parque.

Dicen que fue la primera vez en años que la expresión de Dentolini cambió. Pasó de esa extraña mueca plácida y detenida con la que tomaba sol a solas en el patio del instituto, a una especie de cara de avidez o codicia; en cualquier caso, pasó, de ser la cara de un alumno sin edad, a ser la cara de un niño interesado por un regalo de cumpleaños. Incluso los que dicen saber esto, no saben si su cara cambió porque por primera vez en años le ofrecían un regalo (ni siquiera el día de su único cumpleaños escolar los compañeros le llevaron regalos), por regalos que venían de un padre (y Dentolini hacía años que no sabía nada del suyo), porque venían de Francia, o porque eran chocolates y los chocolates lo podían. Lo del chocolate posiblemente no fuera, porque durante años acumuló las cajas intactas, sin probar ni uno; aunque muchos hoy adultos, que pasaron por el Baldesarre, incluso ancianos, continúan aseverando que a Dentolini lo desquiciaban los chocolates.

Luego de su mudo cambio de expresión, Dentolini aceptó el trato.

—Hay que deshacerse del muerto —sentenció.

—No te entiendo —reconoció Macciole.

—El fantasma de Lucas Baden impide que los alumnos del Baldesarre pasen del instituto al parque —dictaminó Dentolini.

—¿Y entonces? —preguntó Macciole.

—Quiero explicar algo antes de darte mi consejo —dijo Dentolini —. Yo me comprometo a darte el mejor consejo, pero no garantizo tu entrada al parque.

El resto del grupo, en esta instancia, aunque el pago corría íntegramente por cuenta de Macciole, insistía en abandonar.

Macciole quería abrazarse a cualquier esperanza, por escuálida

que fuera. El grupo que había reunido, y que permanecía en silencio a sus espaldas, parecía simplemente una comparsa acompañándolo para que el encuentro con Dentolini no fuera tan desparejo. Macciole aceptó ese trato sin garantías.

—Es evidente —siguió Dentolini— que Lucas Baden, a diferencia de su hermano gemelo, era una buena persona. Murió en un accidente en el parque y no quiere que a ningún otro alumno del Baldesarre le pase lo mismo. Ni siquiera a su hermano Matías, que lo odiaba. Por eso Lucas Baden hacía aparecer la placa con su nombre cada vez que un alumno quería pasar, y tomó por el tobillo a Matías, para impedirle arriesgar su vida, cuando la placa desapareció.

—¿Por qué decís que Matías es una mala persona? —preguntó Macciole. Ningún otro integrante del grupo se atrevía a hablar.

—Nunca soportó tener un hermano gemelo —explicó Dentolini —, Sentía que le usaban la cara. No quería otro igual a él en el mundo. Mucho menos en el mismo instituto. Ayudó a Lucas a colarse en el parque, con la ilusión de que nunca volviera. Y así fue. Para festejar, fingió que se quedaba dormido el día del entierro. No hubiera sido bueno para él que lo vieran sonreír junto a la tumba de su hermano gemelo, y no hubiera podido reprimir esa sonrisa. Lo más conveniente fue quedarse en la cama esa mañana.

Macciole estaba lívido. Pero mayor que su estupor era su deseo de entrar al parque de diversiones.

—¿Qué debo hacer? —preguntó.

—El fantasma de Lucas debe ocupar el cuerpo de Matías.

—¿Cómo? —preguntó Macciole.

—Hay que convencer a Matías de que es Lucas. Debe mirarse al espejo y creer que es Lucas.

—No termino de entender —reconoció Macciole.

—A esa alma en pena bondadosa que es Lucas le daremos el cuerpo de su gemelo, Matías. Volverá a vivir en el cuerpo de su hermano gemelo, y dejará de resguardar la frontera entre el instituto y el parque. Volverá a ser un alumno vivo, y la frontera entre el instituto y el parque quedará nuevamente libre de gendarmes, libre para ser atravesada por los valientes, los rebeldes... o los estúpidos.

El propio Macciole no se animó a elegir una ubicación, delante de Dentolini, en alguno de estos tres grupos, por miedo a que Dentolini lo corrigiera.

—A ver si me queda claro —tartamudeó Macciole—, vamos a

convencer a Matías de que él en realidad es Lucas, y de este modo realmente el alma de Lucas entrará en el cuerpo de Matías, y vivirá como Lucas. De algún modo, Lucas resucitará.

Dentolini asintió.

—¿Y qué pasará con Matías?

—Dos almas no pueden convivir en un mismo cuerpo —explicó Dentolini.

—¿Y qué será, entonces, del alma de Matías?

—No lo sé —dijo sin vergüenza Dentolini—, Sé que el alma de Lucas vaga por la frontera entre el instituto y el parque para proteger a sus ex compañeros, incluso al hermano que lo odiaba. Sé que las almas de los muertos, muchas veces, permanecen vagando por tal o cual lugar, para cumplir tal o cual objetivo. Pero... ¿a dónde va el alma desplazada de un gemelo? No tengo idea. Puedo darte mi mejor consejo, pero no quiero mentirte.

Macciole asintió. Le extendió la mano para cerrar el pacto. Pero a Dentolini le bastó con ese asentimiento de cabeza. No era alguien con quien fuera conveniente incumplir un pacto. Sus ojos, claros como los de los niños que nunca crecen, emanaban una autoridad desconocida.

4 TÚ ERES OTRO

El trabajo de conversión de Matías en Lucas despuntó esa misma tarde. Macciole y sus secuaces comenzaron a llamar de inmediato Lucas a Matías. Lo hacían sin énfasis: no como una burla ni una señal. Simplemente como si Matías en realidad se llamara Lucas.

Matías los corrigió una, dos, tres, cien veces... sin ningún resultado. Si el gesto o el tono de los complotados hubiera revelado ofensa, enemistad o perversidad, tal vez hubiera sido más fácil para Matías enfadarse, acusar, incluso huir. Pero las primeras cien veces que los corrigió los aludidos parecían simplemente no entender lo que les decía.

—Matías —decía el gemelo vivo.

Y quien lo había llamado Lucas lo miraba como si lo hubiera saludado o le hubiera pedido una pastilla.

—¿Por qué me llamás Lucas? —preguntaba.

Y le respondían con silencio. O con una sonrisa amable, amistosa:

—Porque te llamás Lucas.

Es curioso lo que ocurre en las instituciones y en las ciudades: la gente repite hábitos sin saber por qué. Una frase carente de sentido se echa a rodar, y de pronto todo el mundo la repite como si significara algo.

Apenas pasaron semanas cuando la totalidad de los alumnos del Instituto Baldesarre que se dirigían a Matías, sin saber por qué, lo llamaban Lucas. Algunos pensaron que él mismo lo quería. Otros, que ni siquiera sabían de la existencia del gemelo muerto, pensaron que ese era su nombre y que no deseaba usarlo. Pero entre una multitud que llama Lucas a una persona y el así nombrado que prefiere ser llamado Matías, los seres humanos suelen optar por seguir a la multitud.

Unos pocos llegaron a creer que el muerto en el parque había

sido Matías y que Lucas, en homenaje a su gemelo muerto, quería ser llamado como él. Pero estos no estaban dispuestos, ni siquiera para homenajear al muerto, a compartir la locura de Lucas.

A la vez ciento uno que lo llamaron Lucas, Matías se lanzó violentamente contra su interlocutor. Tuvo la desgracia de que se tratara de uno de los complotados. Si Matías hubiera lanzado su violento asalto contra uno de los tantos que verdaderamente lo llamaban Lucas porque otros lo llamaban Lucas, sin conocer la conjura, posiblemente el atacado hubiera tratado de investigar el porqué de su furia y algo, un mínimo movimiento, algún paso hacia la cordura o la verdad, habríase producido. Pero no fue el caso. El complotado recibió algunas trompadas de Matías y devolvió algunas trompadas también. El preceptor los separó. Joaquín Valdez, el alumno en cuestión, quedó más lastimado que Matías.

Le sangraba la nariz y tenía el labio hinchado. No se quejó de haber sido golpeado ni preguntó por qué. Cuando el preceptor pidió explicaciones, Joaquín respondió:

—No tengo idea, siempre me he llevado bien con Lucas.

Matías lo insultó y agregó:

—Nunca hablamos. Me llamó Lucas, y yo me llamo Matías. Lucas era mi gemelo muerto.

—Repito que me llevo muy bien con Lucas —insistió Joaquín—. No sé por qué me pegó.

Matías volvió a insultarlo.

El preceptor le ordenó que no dijera malas palabras. Pero Matías no se pudo contener y volvió a insultarlo. El preceptor no tuvo más remedio que castigarlo: lo dejó un día entero sin recreos. El tema del nombre quedó completamente fuera de la discusión.

Mientras permanecía en el aula durante el recreo, al día siguiente, le llegó un papel anónimo, arrojado por algún alumno:

“No te preocupes, Lucas: te guardamos la diversión para mañana”.

Matías guardó el papel. Al menos ahora tenía una prueba.

Al día siguiente, Matías tomó una decisión extremadamente inusual en el Baldesarre. No se sabía de ningún alumno que hubiera hecho algo semejante: pidió hablar con el director.

La lealtad en el Baldesarre era un bien muy preciado. Los alumnos del instituto habían sido prácticamente “depositados” allí por sus padres. Sentían una instintiva desconfianza por el mundo

adulto, y especialmente por las autoridades. Podían obedecerlas, pero nunca confiar en ellas. Nadie se quejaba de nada al preceptor ni al profesor, y mucho menos al director.

En cada curso había algún alumno que, por sus méritos, su inteligencia o su fuerza, representaba la autoridad, o un acercamiento a la justicia, y a quien utilizaban para resolver los conflictos entre dos o más alumnos. Y como juez supremo, oculto pero conocido a la vez, siempre podían contar con Dentolini. ¿Pero ir con un chisme al preceptor? ¿A un profesor? ¡¿Al director?!

Ese acto no pertenecía a ese planeta que era el Baldesarre.

¿Para qué hablar con un adulto, mucho menos con una autoridad del Baldesarre?

Pero eso fue lo que hizo Lucas... Matías.

El director le concedió la audiencia de inmediato.

El nuevo director se llamaba Tarriero, y era psicopedagogo. Había notado, en su período al frente del instituto, que nunca ningún alumno había pedido hablar con él. De modo que tomó esta novedad como un milagro auspicioso. Si se mostraba lo suficientemente amplio y comprensivo, tal vez más alumnos vinieran a consultarlo.

—¿En qué lo puedo ayudar? —preguntó Eulpides Tarriero a Matías.

—Todos me llaman Lucas.

—¿Lucas? —preguntó Tarriero. Y permaneció unos instantes en silencio—. Ah, sí —prosiguió el director.

Por el informe que había dejado Lezpe antes de ser expulsado (y ahora además estaba muerto) y las anotaciones incomprensibles que a ese mismo informe había adosado Fineo (antes de ser llevado al manicomio), Tarriero sabía que Lucas había fallecido en un accidente en un juego del parque de diversiones, y que lo había sobrevivido un hermano gemelo. También sabía que el gemelo sobreviviente no había concurrido al entierro de su hermano muerto. Hasta allí llegaba su información.

Tarriero se reclinó en su sillón, detrás del escritorio, golpeteando los dedos contra el cajón del que había saltado la rata que arrancó el dedo de Fineo; como si su despacho fuera un consultorio y se dispusiera a analizar psicológicamente a Matías.

Antes de seguir quizá sea necesario aclarar que Tarriero había sido expulsado de un colegio de la Capital Federal. Estando a cargo

del gabinete psicopedagógico de dicho colegio, había recibido durante meses a un alumno que se quejaba de no poder dormir por unos ruidos que provenían del techo y el temor a que el techo de su casa se le cayera encima. Los padres acababan de divorciarse y Tarriero le explicaba al alumno, sesión tras sesión, mes tras mes, que lo que en realidad temía era que se rompiera el "hogar" por el divorcio de sus padres, y que eso era lo que lo hacía escuchar ruidos inexistentes y temer que se cayera el techo.

Con el tiempo, el alumno dejó de escuchar los ruidos y a fin de año ya no se quejaba más. Cuando el techo se vino abajo y lo mató, la realidad se impuso: un grupo de maleantes había estado abriendo un pasadizo, justo encima del techo de esa habitación, para entrar en la bóveda de un banco cercano. El alumno había dejado de escuchar los ruidos por dos motivos: 1) Por utilizar unos tapones de siliconas que el propio Tarriero le había recomendado. 2) Tarriero le insistió tanto con que esos ruidos eran inexistentes que, finalmente, sugestionado, dejó de preguntarse por ellos, e incluso de escucharlos.

A modo de castigo, las autoridades educativas habían enviado a Tarriero a dirigir el Baldesarre: era el modo más incruento y seguro de acabar con la carrera de cualquier profesional.

—¿Y por qué piensa que le dicen Lucas? —preguntó Tarriero, con la misma calma con que había recomendado al otro alumno que, para dejar de escuchar ruidos de fantasía, utilizara verdaderos tapones de siliconas.

—Lucas era mi gemelo muerto —dijo de pronto Matías.

—Ah… ¿usted es uno de los gemelos?

—El que quedó vivo —dijo Matías.

—Entonces… usted debe de ser Matías.

—Sí. Y vengo a quejarme porque todos en el colegio me llaman Lucas.

Le extendió el papel con el mensaje que le habían arrojado.

Tarriero lo desplegó pero, como no tenía puestos los anteojos, fingió que lo leía, lo dobló y lo dejó en el cajón.

—Estaré atento a su reclamo —respondió Tarriero—, ¿Algo más?

Matías negó con la cabeza. Pero antes de salir giró y preguntó como un niño:

—¿Podrá usted hacer que me devuelvan mi nombre?

—Es mi deber —respondió Tarriero.

Pero no le prestó mucha atención. Había leído en los informes que Matías no sentía simpatía por su gemelo muerto. Ni siquiera había concurrido al entierro. Lo más probable era que se tratara de “culpa”. “Sentía” que le decían “Lucas”, porque padecía “culpa” por no haber querido a su hermano gemelo y por no haber asistido a la ceremonia fúnebre. Seguramente nadie lo llamaba “Lucas”, él “escuchaba” “Lucas” cuando le decían “Matías”, e incluso tal vez escuchaba “Lucas” cuando ni siquiera le hablaban. A Tarriero le encantaba pensar con comillas, y hablar haciendo el gesto de las comillas con los dedos. Todo lo que decía llevaba comillas, como esas personas que no pueden vivir sin el picante en las comidas. Tarriero tenía ideas muy firmes sobre los ruidos verdaderos y los inventados, y no estaba dispuesto a que un par de ladrones de bancos y un techo pésimamente construido vinieran a ponerlas en duda.

Sólo para cubrirse, ordenó a dos preceptores y a un par de profesores estar atentos por si a Matías lo llamaban Lucas. Pero los complotados, liderados por Macciole, a su vez asesorado por Dentolini, adivinaron que el motivo de la conversación de Matías Baden con el director había sido el nombre Lucas. En cuanto vieron a los preceptores y profesores alertas, supieron a qué atenerse. Fue fácil hacer correr la voz de que “Lucas” le había ido con un cuento al director, y que no había que hablarle. De modo que no fueron capaces de comprobar nada. Por otra parte, los propios complotados quebraron el voto de silencio, siempre asegurándose de que no lo atestiguaran profesores ni preceptores. Entonces, como una palabra prohibida, le decían: “Lucas”.

Sin embargo, había un tornillo que los complotados no lograban ajustar: los preceptores, los profesores y el director continuaban llamando Matías a Matías Baden. No era que se dirigieran a él a menudo, ni que repitieran muchas veces el nombre. Pero los escasos momentos en que escuchaba su verdadero nombre eran para Matías el cable a tierra, el ancla a la realidad.

Mientras alguien le dijera Matías, continuaría llamándose Matías y estaría vivo; y su hermano gemelo, muerto. Y los complotados de Macciole no tenían modo de impedir que cuando el profesor o el preceptor tomaran lista, dijeran: “Matías Baden", ni que el propio Matías, aliviado, como un hombre que saca la cabeza del agua para tomar una bocanada de aire, repitiera, convenciéndose a sí mismo: “¡Presente!”.

Además luego de este breve intercambio, siempre había algún alumno desavisado, despistado, que se equivocaba, y sin querer, sin pensarlo, le decía: “Matías”.

Dentolini percibió que esta resistencia involuntaria de preceptores y profesores podía arruinar su plan. Para que este funcionara, hacía falta que el propio Matías se llamara a sí mismo Lucas. Mientras los preceptores y profesores le recordaran su verdadero nombre, Matías tendría de dónde agarrarse. La verdad puede ser tan contagiosa como la mentira. Basta con que alguien la repita por suficiente cantidad de tiempo.

Dentolini sabía que debía dar las puntadas finales a su plan antes de que se convirtiera en una batalla. El mismo impulso que había llevado al noventa por ciento de los alumnos a llamarlo Lucas podía sufrir un reflujo y revertir en el sentido contrario, hacia la verdad.

Dentolini era un buen luchador, y para dar el nocaut, para dar el último golpe, siempre hay que tomar distancia. Luego de tres buenos golpes, el boxeador debe apartarse del rival, escudriñar sus flancos débiles, y dar el último y definitorio. Si pretende dar el cuarto igual que los otros tres, a la misma distancia, en los mismos sitios, con la misma energía, lo más probable es que el rival no caiga, que se reponga, e incluso que triunfe. De modo que Dentolini, en esa instancia, no insistió con el nombre. Aconsejó a los complotados en otra dirección.

La mañana siguiente de este nuevo consejo de Dentolini, Matías amaneció con el pelo cortado igual que su gemelo Lucas. El escaso resultado que le había dado su primera charla con Tarriero lo disuadió de una segunda. Nunca encontró las tijeras ni a los culpables. Ninguno de sus compañeros de habitación había sido. Sólo se dijo, frente al espejo, que bastaba con que el pelo volviera a crecer. Si seguía repitiéndose a sí mismo que era Matías, el pelo crecería antes de que lo volvieran loco, quienes quiera que fuesen los culpables. Lo mismo se dijo cuando descubrió, unas mañanas más tarde, que el piyama que lo abrigaba no era el que se había puesto para ir a dormir, sino el que, hasta donde él sabía, habían utilizado para abrigar el cuerpo de Lucas bajo tierra. Y que las medias, las camisetas, el blazer y los pantalones de sus cajones y su armario ya no eran los que había utilizado hasta el día anterior, sino que era la ropa de Lucas. Hasta tenían su olor.

Solo cuando lo vio resignado al corte de pelo y a la ropa de su hermano gemelo, Dentolini decidió que ya había tomado la distancia necesaria, y que debía dar el último golpe. Entonces escribió una

carta. Las correspondencias estaban permitidas una vez por semana, exclusivamente dirigidas a los padres. La mayoría de esos sobres enviados por los alumnos del Baldesarre volvían rechazados: cambió de domicilio, no aceptó el pago del franqueo, no quiso recibirlo, etcétera.

Como a los sucesivos directores del Baldesarre les parecía una crueldad arrojar esas cartas a la basura y que fueran incineradas con el resto de los desperdicios, y como los alumnos no sentían el menor interés en guardar sus propias cartas rechazadas, se había formado una especie de cantera de sobres de correo, en el extremo del instituto que no daba al parque. Preceptores, profesores y alumnos llamaban a ese sitio "La Isla de la Cartas Rechazadas". Era un inmenso bloque blanco, de apariencia papel maché, pero duro como una piedra, en el que anidaban unas horribles golondrinas salvajes. No se sabía si por el efecto de vivir entre esos papeles, o porque venían de alguna verdadera isla tóxica, esas golondrinas eran especialmente agresivas, y daban miedo.

El mito era que los efluvios de rechazo que emanaban las cartas las volvían locas. De hecho, cada cierta cantidad de años, las golondrinas se morían en masa contra los sobres. Caía como una lluvia de golondrinas muertas, y a ellas se sumaban teros, gorriones, palomas. Solo cada tantos años, pero durante un mes entero, "La Isla de las Cartas Rechazadas" se transformaba en un cementerio de pájaros. En esos casos, sí, los guardias del Baldesarre, y con ellos Toribio, y auxiliares enviados por el Ministerio de Educación —porque los del Baldesarre no daban abasto— se encargaban de limpiar la cantera de los cadáveres de pájaros. Y, una vez que habían quitado hasta la última pluma muerta, volvían allí las golondrinas locas, soltando chillidos inclementes, como si fueran más fuertes y más malas, por haber sobrevivido a nadie sabía qué.

No importaba qué escribiera en su carta un alumno del Baldesarre, en tanto en la portada del sobre figurara la dirección de los padres tal como en el registro del instituto. Pero Dentolini sabía muy bien cómo incluir un segundo sobre dentro del primero, y cómo cierta tía, tal vez sordomuda, se limitaría a arrojar el primer sobre a la basura y a enviar el segundo al destino indicado. La carta de Dentolini hizo un viaje paradójico: viajó hasta la Capital Federal, a más de seiscientos kilómetros de Garro, para regresar, sin el primer sobre, a una localidad mucho más cercana. Su destino final: el Frenopático Da Silva, más conocido como el "Manicomio de Mar Serena".

Dentolini no tenía el menor interés en ser escritor, y mucho menos de ficción. Pero era un excelente redactor de mentiras.

Lo que Dentolini escribió al director del Frenopático Da Silva, con todos los floripondios y sutilezas de una carta diplomática, fue una invitación, firmada por trescientos cincuenta alumnos del Baldesarre, para que el profesor Fineo visitara el instituto el primer domingo posible.

Los que vieron al día siguiente a Dentolini con su mano derecha como muerta creyeron que se había lastimado, como él mismo argumentó, jugando al handball. Desconocían que se había pasado la noche falsificando firmas, entre ellas muchas correspondientes a los nombres de los alumnos que le preguntaban qué le había pasado. Había incluido además otras tantas inventadas, e incluso dos que pertenecían a personas reales, pero que nunca habían pasado por el instituto, como los dos desafortunados asistentes al cumpleaños de la casa de la calle Uriburu que se habían prestado desprevenidamente a participar de viejos trucos de magia.

5 LA ISLA DE LAS CARTAS RECHAZADAS

Muchos años después de los sucesos que protagonizó en el barrio de Once y en el Instituto Baldesarre, se continuó hablando de Dentolini. Los narradores de sus hazañas se dividen entre quienes dicen que su fuga del Baldesarre estuvo motivada por el deseo de dar un cierre perfecto al plan de convertir a Matías en Lucas; y quienes porfiaban que la verdadera motivación de Dentolini era cambiar de situación: ya hacía años que tenía trece, que cursaba el mismo curso y que vivía en el mismo instituto, en la misma ciudad desolada junto a un parque siempre clausurado. Y quienes sostienen que su impulso central fue dar una puntada final al plan, argumentan que tener siempre la misma edad y pertenecer al mismo curso no era para Dentolini fuente de aburrimiento o hartazgo, sino, por el contrario, el origen de su satisfacción de ser único.

Esa sensación de satisfacción, de calma inhumaba, era la que se posaba en su rostro, a la tarde en el patio, tomando sol, luego de haber leído la carta de respuesta del encargado de Relaciones Públicas del Frenopático

Da Silva, más conocido como el Manicomio de Mar Serena. Don José Micle, también doctor, se disculpaba por haber demorado la respuesta, y se disculpaba doblemente por no poder dar una respuesta positiva. La causa de la demora había sido la evaluación del profesor loco, Enrico Fineo, quien continuaba intentando rascarse los granos de la frente con el dedo que le faltaba y asegurando que existía otra mitad de la Tierra donde lo aguardaban su dedo y un nuevo puesto de director.

Según Micle, Fineo volvía a padecer acné juvenil y en sus peores momentos supuraba. Por más que, aparentemente, se rascaba esos nuevos granos con el dedo que no tenía; de algún modo, los enfermeros no sabían cómo, aparecía con la frente lastimada por haberse rascado con garras (lo que era imposible, ya que se comía las uñas hasta la raíz). “El único dedo del que no me puedo morder la uña es este”, decía Fineo a los enfermeros, mostrando el hueco de

su dedo faltante. “Por eso me rasco con la única uña larga que me queda”. Esta y otras desconcertantes anécdotas contaba el señor Miele para explicar a Dentolini y a los trescientos cincuenta alumnos que tan amablemente habían requerido la presencia del profesor que, lamentablemente, sería imposible dejarlo partir, ya que no se encontraba en las mínimas condiciones de cordura necesarias.

Pero, ya fuera por sus deseos de cambiar de circunstancias o por cerrar redondamente el plan de convencimiento de Matías, todos los narradores coinciden en que Dentolini se guardó la carta de Micle en el bolsillo del pantalón gris del uniforme del Baldesarre y se dejó iluminar por el sol, con esa mueca calma que era lo más parecido que tenía a una sonrisa. ¿Por qué sonreía cuando le decían que no permitirían la visita de Fineo, cuya finalidad última era el plan secreto de Dentolini para quebrar los restos de conciencia de Matías Baden? Porque la idea que se le había ocurrido para superar este inconveniente era mucho mejor, en su opinión, que la sencilla visita permitida de Fineo al instituto.

En los recreos posteriores, Dentolini se acercó peligrosamente a la Isla de las Cartas Rechazadas. No era un sitio que los alumnos visitaran, ni siquiera para disfrutar del riesgo. Pero Dentolini no era un alumno más. ¿Dónde metían los cadáveres de los pájaros que cada tantos años venían a morir en bandadas, cayendo como frutas podridas, entre esas cartas rechazadas? Definitivamente no los quemaban, como al resto de la basura, porque lo hubieran olido. Dentolini se preguntaba qué hacían con los pájaros muertos, en parte porque le interesaba, y en parte porque quería disimular incluso ante sí mismo: si alguien lo estaba observando con un telescopio, no podría deducir ni por un movimiento de la cara que su visita a aquel límite estaba relacionada con un plan de fuga. Cualquier alumno hubiera pensado que la zona más permeable para huir del instituto era el límite con el parque, pero todos sabían que nadie nunca había logrado traspasarlo, excepto un alumno, que había muerto.

Dentolini, en cambio, sabía que muchas veces las fronteras eran simbólicas. Traspasar un muro que nadie vigila puede ser mucho más sencillo que atravesar un metro de tierra vigilado. Una frontera relacionada con la muerte y el misterio se elevaba, aunque no hubiera alambrados, en los dos metros y medio que separaban el parque del instituto: el director, los profesores y los alumnos tenían sus miradas y expectativas en esa franja de tierra. Todos descartaban la Isla de las Cartas Rechazadas como punto de escape: las golondrinas furiosas, los pájaros muertos y los papeles estancados

eran suficiente seguridad. Pero para Dentolini las golondrinas no eran más que pájaros: por mucho que graznaran y revolotearan como ventiladores salidos de su eje, nunca habían picoteado a ninguna persona. Los pájaros muertos no eran más que eso.

Las pesadillas del resto de los alumnos no estaban pobladas por leones hambrientos ni perros rabiosos, sino por esos pájaros enfermos que caían todos juntos, muertos, en el cementerio de cartas. Dentolini no padecía de pesadillas de ningún tipo. Y las cartas rechazadas... él nunca le había enviado ninguna a sus padres. Las que le enviaba a su tía sordomuda cumplían prolijamente con su función. De hecho, hasta el responsable de Relaciones Públicas del Manicomio de Mar Serena le había respondido. Así fue que Dentolini visitó a Macciole una noche y le sugirió acompañarlo para dar el último apretón al nudo alrededor del cuello de Matías Baden.

—¿Para qué necesitamos al profesor loco? —preguntó Macciole.

—Casi todos los alumnos del instituto lo llaman Lucas —respondió Dentolini—. Pero mientras los preceptores, los profesores y el director continúen llamándolo Matías, no caerá. Ahora que ya lo tenemos vestido y con el pelo como el gemelo, necesitamos el último golpe: que un profesor lo llame Lucas.

—¿Y por qué Fineo le va a decir Lucas?

—Dice que su dedo está en la otra mitad de la Tierra —respondió aparentemente sin lógica Dentolini—. Que lo esperan allí para ser director.

Macciole lo esperó en silencio. Todavía no entendía.

Dentolini cerró su discurso sin demasiadas aclaraciones, pero con firmeza:

—Una vez que lo traigamos aquí, yo le puedo hacer decir cualquier cosa.

Macciole ya había avanzado demasiado como para echarse atrás. Pero no podía dejar de pensar en el castigo por intento de fuga. La huida al parque era otra cosa: no se consideraba una fuga íntegra, y por lo tanto no pesaba el mismo castigo, aunque el único alumno que lo había conseguido yacía enterrado en su frontera.

Para los sucesivos directores, fugarse al parque había sido una transgresión menos grave, porque se suponía que el alumno regresaba esa misma noche. Además, la enorme tentación de algún modo hacía más comprensible la falta.

En cambio, si algún alumno faltaba a dormir o se alejaba más

allá de la circunferencia del parque, el castigo era la expulsión. Y la partida del Baldesarre, para un alumno del que los padres no se quisieran hacer cargo, significaba el traslado al Reformatorio Sin Nombre. El reformatorio, como es natural, tenía un nombre, pero los alumnos lo ignoraban. Sólo había sido trasladado un tal Nodia. Después de dos años, regresó al Baldesarre. Se trataba de un verdadero bravucón: molestaba a otros alumnos, y también a los profesores. Se había trenzado a trompada limpia con un preceptor, y le había faltado el respeto al director. Pero por nada de eso lo habían expulsado. Lo expulsaron por escapar del Baldesarre por el muro del fondo. Era una pared de siete metros de alto, y nunca nadie supo cómo había logrado traspasarla. Algunos sospechaban, por un charco de barro, que lo había hecho con una escalera de hielo. Otros, que utilizó sopapas, como una mosca. Y un grupo minoritario deducía que había encontrado el secreto para destejer la materia como se destejía un suéter. Como sea, lo atraparon a su regreso, al día siguiente. Y al otro día lo enviaron al Reformatorio Sin Nombre. No se supo cuál era el tratamiento ni las condiciones de vida en el reformatorio, pero lo que aterrorizó a los alumnos del Baldesarre fue que Nodia, como se llamaba el tránsfuga, fue readmitido en el instituto como un alumno ejemplar. Tenía diez en todas las materias, simpatizaba con los preceptores, y un detalle: ofrecía permanentemente lustrarles los zapatos a sus compañeros. Al principio varios aceptaron, pero Dentolini, con una extraña piedad, que le era desconocida en cualquier otro caso, prohibió usar a Nodia como lustrabotas.

La transformación de Nodia asustó a los alumnos mucho más que cualquier desventura que hubiera podido contar. Algo tenían claro: cualquiera fuera el placer que deparara una fuga, nunca sería mayor que el terror a padecer ese castigo. De modo que sencillamente no lo intentaban. Excepto Dentolini. Todos le tenemos miedo a algo, seguramente Dentolini también, pero nunca había descubierto a qué. Macciole no tenía opción. Ya se había comprometido con Dentolini y le resultaba imposible decirle que no.

¿Para qué necesitaba Dentolini a Macciole en su aventura? Por la apariencia. Dentolini continuaba pareciendo un chico de trece años. Si se presentaba solo ante las autoridades del manicomio, incluso ante el profesor, probablemente ni siquiera le llevaran el apunte. Macciole, en cambio, estaba en cuarto año y tenía barba, bigotes, hombros anchos e incluso algunas canas. Podía pasar por un adulto. Entre los dos, con la energía de Dentolini y la apariencia de Macciole, sumaban la criatura necesaria.

Dentolini no deseaba gastar esfuerzos en trepar un muro de siete metros ni en construir un túnel, ya fuera por debajo del muro o de las cartas rechazadas. En cambio, imaginaba que, si las aves muertas no eran quemadas en algún lado, debían de estar enterradas. Debía haber un túnel, un gigantesco depósito, bajo tierra, de aves muertas. Si no veían pasar al camión que se llevaba a esas aves muertas, ni veían circular los cadáveres de aquí para allá, entonces debían de estar enterradas justo debajo de la cantera de cartas rechazadas. Eran tantas, y desde hacía tanto tiempo, que esa gigantesca fosa debía de ser un túnel que salía del instituto.

El plan de fuga de Dentolini, en caso de encontrar el cementerio avícola subterráneo, consistía en llegar al Manicomio de Mar Serena, convencer o secuestrar a Fineo, y regresar con el profesor loco al Baldesarre antes de que clareara el día.

—¿Y entonces? —preguntó temblando Macciole, sin poder creer que estaba contemplando esa idea.

—Una vez que lo tengamos en el instituto, podés despreocuparte —desestimó Dentolini. Había preparado rigurosamente todo aquello que pudiera ser controlado.

En primer lugar, tomando elementos de la clase de Artes Plásticas, con cera y esmaltes, construyó un pequeño talismán que le sería, esperaba, de enorme utilidad. También había cartografiado y cronometrado rigurosamente las distancias y los tiempos: el Frenopático Da Silva se hallaba a cuarenta minutos del Instituto Baldesarre, por la ruta. Dentolini había dividido el tiempo del siguiente modo: salida a las once de la noche, cuando obligatoriamente los alumnos debían estar en sus cuartos, luego del último vistazo de los preceptores. Tenían quince minutos para encontrar el túnel de los pájaros. Si no lo encontraban en quince minutos, se suspendía la operación y se pasaba para otra noche. Contaban con quince minutos para conseguir un camión que les diera el aventón; de lo contrario, regresaban al instituto. Una vez que llegaran al frenopático, ya no habría vuelta atrás: era todo o nada. Si los atrapaban, estaban perdidos. Si no conseguían un camión de regreso, estaban perdidos. Sus opciones serían el mismo frenopático o el Reformatorio Sin Nombre.

La víspera de la huida, Macciole no pudo comer. Dentolini se limitó a su vaso de agua y su pan con queso blanco de todas las noches. Por única vez, Dentolini le ofreció a su amigo uno de los chocolates. Pero Macciole no fue capaz de llevárselo a la boca.

Aunque Dentolini no lo forzaba, Macciole siguió a Dentolini hasta la cantera como si lo llevara a la rastra, como tirado por una correa. Los papeles relumbraban en la noche, con un brillo encerado y burlón. No se veían las estrellas, ni la luna, ni qué había detrás de la cantera: solo las cartas rechazadas, una sobre otra, imposibles de distinguir, formando un amasijo que se elevaba hasta el cielo, y de una punta a otra de la Tierra. No era exactamente papel ni cemento, ni totalmente real ni de otro mundo: era un muro hecho con las cartas no correspondidas enviadas por los hijos a los padres.

De noche, las golondrinas rabiosas resultaban mucho más amenazantes.

Pero, para decir la verdad, cuando una se acercó demasiado a Dentolini y este la durmió de un puñetazo y terminó de liquidarla pisándola contra el piso de tierra, Macciole se tranquilizó. Por una de esas casualidades, como las que permitieron el descubrimiento de América o de la penicilina, al pisar a la golondrina contra el piso de tierra Dentolini descubrió el sector blando de la isla. El pie se le hundió medio metro. Cuando lo sacó, una ponzoña le rodeaba las zapatillas y la bocamanga del pantalón. No se sabía qué material era ese. Pero, cuando Dentolini se iluminó el pie con una pequeña linterna, Macciole lo vio primero:

—¡Es un pico! —gritó con un chillido agudo, señalando una saliente amarilla verdosa en la masa informe de detritus.

Dentolini, enterado, asintió.

Pisó más fuerte, en un diámetro de algo más de un metro, y la tierra siguió cediendo. Sacó la pala que llevaba a la espalda, cavó con facilidad, y muy pronto la tierra se abrió bajo ambos.

—Vamos —dijo Dentolini.

Macciole lo siguió temblando.

Era un túnel mezcla de tierra y cuerpos de aves muertas. En la argamasa no se distinguían los huesos de la carne, los cadáveres que llevaban tal vez un siglo allí abajo, de los de aves que habían muerto recientemente. Cada tanto se veía un pequeño ojo, o una garra, adosado a la pared, como una acusación. Parecía que la pared miraba o quería rasguñar a los intrusos.

La pequeña linterna de Dentolini iluminaba a un metro de distancia. El suelo era viscoso, y emitía ruidos extraños en algunas pisadas. A veces, también, otra pisada hacía ascender a la superficie un chorro de vapor purulento, como un géiser hediondo. Dentolini miraba fascinado hacia todos lados; Macciole, sólo hacia delante y al

medio.

Apareció algo que venía en dirección contraria, y Macciole retrocedió y sintió nauseas. No vomitó, pero no podía avanzar. Se trataba de una paloma, muy enferma, con cara de mujer anciana, con bultos grises en la cabeza y el cuerpo. La paloma se acercaba a ellos, como pidiéndoles algo. Detrás de la paloma apareció un buitre, también con una cara semejante a la de un anciano, y bultos de color rojizo sangre.

—No puedo —dijo Macciole—. Tengo que salir de acá.

—Los puedo pisar, si querés —propuso Dentolini.

—¡No! —gritó Macciole.

Dentolini, por una vez, se apiadó de él.

—Es todo una cuestión de actitud —dijo Dentolini—. Estos pájaros no muerden, ni nos van a lastimar de ningún modo. Las cosas que más miedo dan son las más inofensivas: ¿qué puede hacerte una cucaracha? Los murciélagos son completamente amigables. Y si domesticáramos a las ratas, te aseguro que habría menos accidentes que con los perros, que cada tanto se comen algún chico. ¿Y acá qué hay? Un buitre y una paloma enfermos... Pobrecitos...

Y dicho esto, tomó al buitre y a la paloma por el pescuezo, cada uno con una mano, caminó en dirección a Macciole, y los dejó detrás de él, invitándolo a seguir.

Macciole lo siguió y, aunque por el camino aparecieron otras palomas y torcazas igualmente enfermas y malolientes, y las paredes dejaron ver patas y alas, ya no se detuvo. No porque hubiera dejado de sentir miedo de los animales, muertos y vivos, sino porque más miedo le daba Dentolini.

En algún momento llegaron. El túnel terminaba en una pared dura de tierra marrón. Dentolini sospechaba que los pájaros muertos eran sumergidos bajo la tierra y empujados, por algún tipo de vehículo o sistema subterráneo, hasta una salida cercana a la ruta. Los cadáveres que no quedaban adosados a las paredes, y salían del otro lado, debían de ser recogidos por un camión y utilizados para quién sabe qué, o arrojados en algún vertedero para ser quemados con el resto de la basura. La salida del túnel debía de estar directamente abierta, o al menos ser tan blanda como la entrada. La cabeza de Dentolini funcionaba como un reloj: sabía exactamente cuántos minutos habían pasado desde el comienzo de la huida. Además, ambos alumnos escuchaban los camiones ir y venir.

Estaban bajo la ruta. Dentolini le hizo una seña a Macciole: debían golpear la tierra para salir a la superficie. Retiró la pala de su espalda y golpeó. Un golpe, dos, tres. Cuatro, cinco... Escucharon el metal de la pala golpear contra el cemento. Estaban bajo la ruta, pero no había por dónde salir. ¿Acaso, pensó Dentolini, no había salida? ¿Los pájaros muertos simplemente eran acumulados a lo ancho y lo profundo del túnel? ¿Allí culminaba la aventura?

Un rumor proveniente del otro extremo del túnel interrumpió sus cavilaciones. Avanzaban hacia ellos tres o cuatro cigüeñas de color sucio, picoteando las paredes. Aparentemente, comiendo restos de pájaros muertos. Ahora eran seis o siete. Dentolini prendió la linterna, y una de las cigüeñas dio unos pasos hacia atrás, como si la luz le hubiera dañado los ojos. A las demás las vieron bien: tenían dientes a lo largo del pico. Los ojos eran como de ratas. Las patas, largas como las de cualquier cigüeña, pero como ramas secas, de ese color, y con espinas como púas. Las cigüeñas subterráneas dejaron de picotear las paredes, se reunieron, incluso la que se había retraído frente a la luz, y miraron a Dentolini y a Macciole fijamente. Sus miradas eran amarillas y parecían dejar un reguero de luz gripal, entre ellas y lo que miraban. Se rascaban una pata con otra, como si las espinas les picaran. O como si estuvieran nerviosas. Era evidente que no les agradaban aquellos dos intrusos en su túnel. Macciole quitó la pala a Dentolini, miró a las cigüeñas, y comenzó a golpear el túnel por todos lados. A diferencia de la luz, el ruido no pareció hacer la menor mella en las cigüeñas. Tampoco la pala. Y mucho menos Macciole. Posiblemente, si hubieran tenido la tranquilidad suficiente para contarlas, habrían sumado más de veinte. Ya no se podía ver más atrás de ellas.

Una de las cigüeñas avanzó hacia Macciole. Este, aterrado, la iluminó con su linterna, directamente a los ojos. La cigüeña soltó un chillido rabioso. Una de las patas de la cigüeña se alzó y lanzó la linterna contra el techo. Lo siguiente que sintió Macciole fue un picotazo del bicho en el brazo. El pico hendió la carne del brazo, y los dientes comenzaron a roerlo por dentro. Macciole aulló. De pronto hubo luz, y la cabeza de la cigüeña salió volando, igual que la linterna. Dentolini había encontrado el punto flojo del techo del túnel y decapitado a la cigüeña con el mismo golpe de pala. Pedazos de carne del brazo de Macciole quedaron como flecos colgando del pico de la cabeza separada de la cigüeña.

—Por acá —dijo Dentolini.

Macciole lo siguió tomándose el brazo y respirando agitado,

mordiendo su propio dolor. Caminaba como un autómata, y pálido como un muerto.

Se sumergieron en un caldo duro de picos, plumas, ojos y carne muerta. La suciedad se mezclaba con la sangre de la herida del brazo de Macciole. Ojos y pequeñas patas de aves muertas se le metían dentro del brazo en carne viva. A los pocos segundos sintieron el aire fresco.

6 EN BUSCA DEL PROFESOR LOCO

La salida del túnel daba a un costado de la ruta.

Vieron dos luces redondas que parecían de un platillo volador, pero no eran de una nave de otro mundo, sino de un gigantesco camión que casi los atropella. El camionero se disponía a detenerse al costado de la ruta, justo cuando los dos alumnos emergían del túnel. Saltaron a un tiempo, y por poco no cuentan el cuento.

El camionero no se bajó del vehículo. Simplemente abrió la puerta. Cuando Dentolini y Macciole pudieron alzar sus cabezas, vieron el gigantesco camión, iluminado por la luna, detenido en medio de la noche, con su puerta abierta. Los dos alumnos ni siquiera le habían hecho señas con el dedo para que les diera el aventón. Lo lógico habría sido que el conductor se bajara, para ver qué había pasado con los dos peatones. Pero el camión, el vehículo más que el chofer, parecía aguardarlos. Del interior salía una luz sospechosa, muy distinta de la de la luna, que hería la noche.

—Vamos —le dijo Dentolini a Macciole, sucio de tierra, con un gesto de la cabeza hacia el camión.

Macciole no tenía más remedio que recuperarse. Para su gran sorpresa, su brazo había cicatrizado solo, al contacto con el aire. Como si la herida hecha por la cigüeña subterránea desapareciera en cuanto se abandonaba el túnel de los pájaros muertos. De todos modos, dudó antes de obedecer a Dentolini.

¿Subir a ese camión del que ni siquiera veían al chofer? Pero la perspectiva de regresar solo al instituto, saludando a las cigüeñas en el regreso, no era más tranquilizadora. Ambos subieron al camión. Dentolini obligó a Macciole a sentarse al lado del camionero, y el propio Dentolini quedó del lado de la puerta. La cerró luego de subir.

El camionero miraba fijamente el parabrisas. Su rostro era de color verdoso. No parpadeaba, e incluso daba la impresión de que ni siquiera respiraba. Pero Dentolini le habló como si fuera un taxista;

más aún, como si lo conociera.

—Vamos al manicomio —dijo Dentolini.

El camionero arrancó. Manejaba como un autómata. De pronto habló, sin mirar a ninguno de los dos pasajeros.

—No es bueno parar a comer en las fondas de la ruta —dijo—. Por eso siempre prefiero que mi esposa me prepare la comida.

—No hay nada como la comida casera —agregó Dentolini.

—Es un sabor único —remató el camionero.

Macciole volvió a notar que los ojos del camionero parecían inmóviles. Cuando un camión que venía en sentido inverso los iluminaba, el verdor de la cara del chofer era fosforescente.

—¿Cómo están las cosas por el barrio? —le dijo el camionero a Dentolini.

—Siempre iguales —contestó Dentolini, como si supiera—. ¿Y por el suyo?

—Mucho más iguales —replicó el camionero—. ¿Mi esposa bien?

—Muy bien —confirmó Dentolini.

—Qué cocinera —siguió el camionero—. Un sándwich bien fuerte... y chau. Ni postre. Un plato, y no necesitás comer más nada. Por eso yo siempre prefiero la comida de mi viuda.

—De su esposa —lo corrigió Macciole.

El camionero pareció no escucharlo, y concluyó:

—La comida de las fondas de la ruta es peor que el veneno.

La luz interna del camión y permitió a Macciole echar un vistazo a su herida. No parecía haber recibido ni un rasguño, aunque había visto perfectamente la sangre manar, y sentido los dientes del pico de la cigüeña revolver entre los músculos y las venas. El brazo estaba intacto... En realidad, algo había. El color. En la zona de la herida el color de la piel era casi imperceptiblemente distinto. Macciole estaba seguro de que nadie que no fuera él podría distinguir entre ese color y el del resto de su piel. Pero él lo notaba. Era como si, en ese islote de brazo, la piel estuviera iluminada por una infección. Le mostró el brazo a Dentolini:

—¿Cómo lo tengo?

—La zona de la herida tiene otro color —dijo sin dudar, y sin piedad, Dentolini.

Una luz mortecina, como de un rancho perdido en el medio del campo, alertó a Dentolini. De no haber sido por el croquis perfecto que llevaba en su cabeza, habrían pasado de largo.

—Acá nos quedamos —dijo.

—Por ahora —respondió el camionero, y frenó. Macciole se apuró a bajar y empujó a Dentolini. El camión siguió por la ruta, y se perdió en la noche antes de lo esperado.

—Ese hombre estaba frío —dijo Macciole.

Pero no tenían tiempo para reflexiones sobre la temperatura de los cuerpos. Aunque la luz de la edificación era escasa, la luna iluminaba con precisión el cartel de lata con letras negras: "Frenopático Da Silva".

—¿Y ahora? —preguntó Macciole.

—Ahora es fácil —respondió Dentolini—. Los guardias están preparados para impedir las fugas. Y tampoco le ponen demasiada energía a ese rubro. Pero a lo que no le ponen nada, pero nada de afán es a controlar los ingresos. Todo el mundo se quiere ir de los manicomios, nadie quiere entrar. Vos decile: vengo a hacer un ingreso. Con eso alcanzará.

Los dos alumnos avanzaron hacia la entrada.

Llegaron a un portón de madera. Apenas detrás del portón, había una casilla de cemento, con un hombre dormido, acodado en el marco metálico de una ventana abierta. El hombre llevaba de uniforme una camisa color crema y una corbata muy mal anudada. Salvo por los camiones que pasaban cada tanto, el silencio de la noche era cerrado. En un instante, como no pasaba ningún camión, escucharon a lo lejos una pelota picando.

Dentolini le hizo una seña a Macciole y ambos se subieron al portón. Con tan mala suerte que la vieja madera chirrió como si tuviera una alarma. El guardia se despertó sobresaltado y babeando.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —preguntó.

Hay que reconocer que, aunque el parlamento lo había proporcionado Dentolini, Macciole supo interpretar su papel.

—Un ingreso —explicó rápidamente Macciole.

Pese a que la frase sonaba por completo ridícula, ya que los dos alumnos estaban montados en el portón como dos ladrones, el guardia se volvió a dormir como si le hubieran dicho: "No es nada, es un sueño".

Solo una vez dentro del nosocomio, Macciole y Dentolini descubrieron que el portón estaba abierto y que hubiera bastado con abrirlo sigilosamente para ni siquiera tener que afrontar aquella leve pregunta del guardia.

Avanzaron a ciegas. El camino era de piedra molida. A los costados había arbustos. Dentolini no tenía idea de dónde encontrar a Fineo. Suponía que debían aparecer pabellones, y que bastaría con preguntar a alguno de los locos. Pero el camino no los conducía a pabellón alguno y sólo se escuchaba, a lo lejos, el sonido de la pelota rebotando. Unos árboles, a la izquierda, ocultaban el lugar de procedencia del sonido.

Los arbustos crujieron como si una liebre gigante los atravesara a toda velocidad, y Macciole soltó un graznido de horror. Frente a ellos, un hombre en cueros, con un cuchillo en la mano, les impedía el paso.

Macciole no podía hablar ni moverse, pero Dentolini sabía que estaban en un manicomio. El hombre en cueros, con un cuchillo en la mano, podía ser un loco inofensivo.

—Buenas noches —dijo Dentolini.

—Buenas y santas —respondió el hombre.

—¿No hace un poco de frío para andar en cueros?

—Es que es plena temporada de frutillas. Las estoy cosechando (indicó el cuchillo); y mi camisa es alérgica a las frutillas.

—Pasa mucho con la ropa de algodón —lo entendió Dentolini.

A Macciole lo tranquilizó ver que el hombre dialogaba amablemente, pero lo hubiera tranquilizado más que soltara el cuchillo.

—Dígame, buen amigo —siguió Dentolini—, ¿No habrá oído nombrar, por acá, a un tal Fineo?

—Fineo, Fineo —intentó recordar el cosechador de frutillas.

Pero su trabajo con la memoria no arrojó resultados.

—Sin un dedo —le aportó Dentolini.

El hombre se contó los dedos: sumó diez, y suspiró con alivio.

—Algo me suena —dijo.

Se agachó y surcó el arbusto con el cuchillo.

—¡Estas malditas frutillas! Plena cosecha, y se esconden. ¡Si no aparecen ahora, cuando es plena cosecha, cuándo se supone que van

a aparecer!

—Me encantaría poder ayudarlo —se despidió Dentolini. Le hizo un gesto a Macciole de que siguieran caminando.

Pero no se habían alejado dos pasos cuando un ruido ensordecedor les hizo volver las cabezas. El loco con el cuchillo acababa de estornudar con una violencia inverosímil. El sacudón del estornudo pareció activar algo en su cerebro, porque de pronto miró el cuchillo y preguntó a Dentolini:

—¿Lo puedo ayudar en algo?

—Si me dice dónde están los pabellones.

El hombre caminó por el pasto, hacia la oscuridad de la noche.

—¿Le molesta si lo acompañamos? —insistió Dentolini—. Buscamos los pabellones.

—¿Pabellones? —preguntó el hombre sorprendido.

—Perdón si me expresé mal —aclaró Dentolini—, Donde sea que duerman. Mi amigo necesita dormir.

El hombre se rió, y dijo:

—Síganme, les voy a mostrar un buen lugar para dormir.

Los dos alumnos lo siguieron. Caminaron diez minutos en la noche. El tiempo corría. Cuando saliera el sol, los preceptores del instituto tomarían lista. Macciole tropezó y cayó. Se levantó insultando, y sólo después descubrió que había tropezado con un cuerpo. Al menos se trataba de un hombre vivo.

—Todavía es de noche —dijo el durmiente, después de mirar a su alrededor.

El miedo le había impedido a Macciole percibirlo, pero Dentolini había reparado en que aquí y allá aparecían hombres durmiendo. Tirados en el piso como animales. No aparecía ningún pabellón, ningún edificio de ningún tipo, y Dentolini había comenzado a especular con que tal vez el Frenopático Da Silva no fuera más que aquella superficie desierta, con un guardia dormido, en la que los locos vagaban cosechando frutillas inexistentes o dormían a la intemperie. En ese caso, sería difícil dar con Fineo, siempre y cuando aún estuviera allí. Antes de entrar, Dentolini había supuesto que sólo el ingreso sería fácil, y difícil la salida. Pero ahora pensaba que lo realmente difícil en ese sitio era permanecer. Los locos debían de haberse ido escapando a lo largo de los años. El hombre

finalmente llegó a un árbol grueso, de enormes ramas. Trepó el tronco con una agilidad simiesca y se recostó en una de las ramas. Le señaló otra a Dentolini:

—Acá conviene dormir en los árboles, como los murciélagos. Porque en el pasto te pican los bichos.

—Gracias por el consejo —respondió Dentolini—, pero estamos buscando a un amigo.

Se retiraron decepcionados. Y Macciole, desesperado. El nuevo estornudo, aunque retumbó aún peor que el primero, no los asustó. El lunático recostado en el árbol, hablando a espaldas de los alumnos, dijo:

—Con respecto al hombre al que le falta un dedo: se llama Oenif. Es el que juega al básquet de noche.

Los dos alumnos, sin girar, comenzaron a caminar, buscando con la memoria el recorrido hacia el sitio de donde provenía el ruido de la pelota botando. Apresuraron los pasos. Comenzaron a correr. Macciole volvió a tropezar con un loco dormido y salió disparado. Cayó de cara y miró furioso a Dentolini:

—¡Cómo es que siempre soy yo el que se tropieza!

—Silencio —dijo el hombre del suelo—. Quiero dormir.

Dentolini se encogió de hombros bajo la luz de la luna.

Detrás de unos árboles, una silueta entrecortada por los troncos, se veía al jugador de básquet. Ambos alumnos se acercaron. Fineo botaba una pelota de básquet.

Caminaron en silencio hasta el borde de la cancha. Era una cancha de baldosas, con un aro de básquet de un lado, y un arco de handball del otro. La cancha estaba dividida por una línea torcida de piedras. Curiosamente, Fineo lanzaba la pelota hacia el sector del arco de handball. No la lanzaba hacia el arco, propiamente; sino que la lanzaba como si el aro de básquet estuviera de ese lado.

—Profesor —dijo Dentolini.

Fineo lanzó la pelota hacia el aro invisible, y sólo después giró hacia Dentolini.

—¿Quién me busca? —preguntó.

Dentolini y Macciole se acercaron.

—Somos nosotros —respondió Dentolini—, Los alumnos del Instituto Baldesarre. Venimos a buscarlo para que nos dé la última clase.

Fineo fue en busca de la pelota. Solo entonces Dentolini y Macciole repararon en la mano derecha, a la que le faltaba un dedo.

—Es imposible —respondió Fineo, mientras volvía a apuntar al arco invisible—. Me esperan en la Otra

Mitad de la Tierra. Y, hasta que no encuentre el camino de regreso, no puedo ir a ningún lado.

—Nosotros lo ayudaremos a encontrarlo, profesor —porfió Dentolini—. En el instituto tenemos los mapas. Sus viejos mapas de geografía.

—Imposible —repitió Fineo—. Todos los mapas los tengo yo. Pero no los entiendo. Fíjense...

Lanzó la pelota.

—¡Emboqué! —gritó con alegría. La pelota había caído como antes, una comba en el vacío.

Fineo corrió a la línea de piedras que separaba la cancha, y pateó una con sorprendente fuerza. La piedra se alzó del piso, como si barrenara por el agua, y salió fuera de la cancha.

—Cada vez que emboco —explicó Fineo— marco el tanto pateando una piedra. Ustedes no pueden ver el aro, porque pertenece a la Otra Mitad de la Tierra. Yo apenas si puedo ver algunas cosas de esa Otra Mitad. Me voy familiarizando con las pocas cosas que puedo ver, para algún día llegar a verlas todas. ¿Han notado cuando despiertan en su cuarto a oscuras? Primero el perchero parece un monstruo; el velador, un gato rabioso; y así. Pero, a medida que nos vamos despertando, nos acostumbramos a la oscuridad y reencontramos los objetos originales. Yo me estoy despertando lentamente en la Otra Mitad de la Tierra. Algunas de las cosas, o de los lugares, están a millones de kilómetros de nuestra Mitad; pero otras se encuentran acá mismo, y no las podemos ver. Empiezo por lo que conozco: este aro de básquet que milagrosamente puedo ver.

—Profesor —insistió Dentolini—, estoy seguro de que en el Instituto Baldesarre le será más fácil familiarizarse con cualquier otro objeto del Reino Medio...

—¿Qué es el Reino Medio? —preguntó, como una persona normal, Fineo.

—Perdón —se corrigió Dentolini—, quise decir La Otra Mitad de la Tierra. Sólo el Baldesarre le permitirá buscar con comodidad. Acá no es nadie. En el Baldesarre es un profesor, incluso pueden

devolverle su puesto de director.

Pero Fineo estaba empacado.

—Aquí ya he encontrado un aro. Mis compañeros, gracias a mis clases, lo pueden ver. Nunca han logrado anotar un doble, pero lo ven. Me aplauden cuando pateo una piedra. De acá no me muevo. No me voy hasta que encuentre mi dedo en La Otra Mitad de la Tierra.

Dentolini dejó escapar un suspiro de resignación, y finalmente dijo:

—De eso le quería hablar.

Dentolini hubiera preferido no recurrir a aquel truco, pero no le quedaba opción.

Entonces sacó del bolsillo trasero de su pantalón una servilleta ensangrentada.

Se acercó a Fineo. Fineo detuvo la pelota entre las manos. Miró el contenido de aquel paquete rojo. Era un dedo.

—Profesor —dijo Dentolini—. No he venido en vano. Yo tenía su dedo. Nadie nunca lo buscó. La rata lo había dejado junto al armario de los profesores, donde guardan las galletas secas y los saquitos de té. Yo lo guardé, y esperé la oportunidad para traérselo. Sé que pasó mucho tiempo, pero antes no pude.

Fineo no reparó en codo el tiempo que había pasado desde que la rata le arrancara el dedo. Pero, a decir verdad, si hubiera calculado el tiempo, la apariencia inalterable de Dentolini lo hubiera desconcertado. Tampoco descubrió Fineo que ese dedo no era humano, sino una réplica hecha por Dentolini en cera, en la clase de Artes Plásticas. Estaba muy bien hecha.

—Solo quiero pedirle, profesor, que nos dé la última clase en el Baldesarre.

Fineo tomó el dedo, lo apretó contra la camisa de fuerza blanca, a la altura del corazón, y cerró los ojos, transportado. Fue hasta la línea de piedras y pateó una con otra dosis de fuerza sobrehumana, como si hubiera convertido un nuevo tanto.

—Iré con ustedes donde me digan —declaró.

Dentolini le hizo un gesto de asentimiento a Macciole y se dispusieron a marchar. Pero entonces vieron venir hacia ellos al guardia, con un revólver en la mano.

—Malditos delincuentes... ¿Así que un ingreso? ¡Me agarraron

dormido! ¿Quiénes son ustedes? ¿Por qué patean a los locos? Gutiérrez vino a quejarse. ¡Documentos! De acá no se van hasta que venga el doctor Micle.

—Nos tenemos que ir ya... —murmuró Macciole.

—Querido amigo... —comenzó Dentolini.

Pero el guardia estaba muy enojado. Se habían burlado de él. Disparó un tiro al aire.

—Amigos, los disparos —gritó—. Vengan conmigo.

—Alfredo —lo interrumpió Fineo.

—¿Qué le pasa, profesor? Siga jugando al básquet mientras me llevo a estos dos ladrones. Vaya a saber qué vinieron a robar...

—¿Me haría el honor, antes de marcharse, de dar el puntapié inicial? De todos los guardias, usted es el único que lo merece.

Fineo señalaba la piedra del medio. Era evidente que el guardia se sentía halagado.

—Ahora no puedo, profe —se lamentó Alfredo—. Tengo que llevar a estos a la casilla. Quién sabe si no hay que llamar a la policía. Según lo que diga el doctor Micle.

—Sólo el puntapié inicial —insistió Fineo—. Creo que me queda un cigarrillo para una persona tan digna como para dar el puntapié inicial del partido más importante de la liga: yo contra mí mismo.

Las palabras de Fineo parecieron hacer impacto en el guardia. Miró con suspicacia a los dos alumnos. Era tan fácil patear una piedra, se ganaría un cigarrillo... ¿Cómo podían escapar los dos bandidos, si tenía su revólver?

—Solo una —dijo el guardia.

—Por supuesto —aceptó Fineo—, Es sólo el puntapié inicial. La del medio, por favor.

El guardia tomó carrera. Había visto a los locos competir a ver quién pateaba la piedra más lejos, y siempre había sentido unas ocultas ganas de participar. Sabía que podía patear más lejos que cualquiera de esos locos. A decir verdad: hacía años que se moría de ganas de patear una de esas piedras. Corrió con toda su velocidad, llegó a la piedra y la pateó con todas sus fuerzas. La piedra no se movió. El pie del guardia sí: crujió en varias partes. El aullido del guardia rompió la noche en dos. La piedra no era una piedra más: era un pedazo de cemento encallado en el suelo. Fineo lo tenía registrado, y sabía que no debía confundirlo con las demás piedras.

—¡Corran! —gritó Fineo.

Dentolini y Macciole siguieron al profesor. Detrás de ellos, el guardia disparaba a la nada.

—Síganme —indicó bajando el volumen Fineo.

Se acercaban a la entrada. Y Dentolini ya comenzaba a pensar cómo detendrían el próximo camión. Pero Fineo los alegró con una sorpresa: detrás de la casilla del guardia, ahora vacía, se veía una destartalada camioneta. En realidad, era un asiento techado, con ruedas y motor, con capacidad para una sola persona, con un remolque atrás. A duras penas lograron entrar Fineo y Dentolini en la misma butaca. Macciole se subió al remolque de atrás. La diminuta camioneta era utilizada por el doctor Micle, y a veces por el guardia, para recorrer internamente el manicomio. Circulaba a una velocidad muy baja, y apenas si se mantenía entera. Pero la llave estaba puesta, y arrancó cuando Fineo la puso en marcha.

Los tres tripulantes sonrieron con alivio. Pero un segundo guardia, en el que no habían reparado, apareció detrás del remolque. Evidentemente, el guardia había estado durmiendo en el piso de la casucha de seguridad, y había sido despertado por la puesta en marcha de la camioneta.

En el arranque, el guardia corriendo era más veloz que la camioneta. Cerró el portón furiosamente: no alcanzó a impactar en el frente de la camioneta, pero logró arrancarle el remolque. Dentolini miró por el espejo retrovisor: habían perdido el remolque y el guardia los apuntaba con un revólver. Sin dudar, pisó el pie de Fineo y aceleró hasta ganar la ruta. Atrás quedaba Macciole: ya verían cómo lo rescataban...

El segundo guardia permaneció apuntando a Macciole a la cabeza hasta que llegó el guardia llamado Alfredo, rengueando.

—Ya avisé al doctor Micle —anunció el que había atrapado a Macciole.

Alfredo, dolorido, miró a Macciole con una cruel sonrisa de victoria.

Una hora después llegó el doctor Micle. Era completamente calvo y lucía una barba blanca prolijamente recortada. En su cara se veía la expresión de un cazador de locos, cuya principal distracción era atrapar presas humanas y lucirlas como trofeos en su manicomio. Era el director, encargado de relaciones públicas y mandamás

indiscutido del Da Silva.

—A ver qué tenemos acá —dijo el doctor Micle.

—Un ingreso, doctor —explicó Alfredo sin dudar.

—¿Y qué nos puede decir este jovencito de sí mismo? —preguntó Micle.

Macciole se disponía a explicar que Dentolini lo había secuestrado y llevado contra su voluntad a ese nosocomio. Miró hacia abajo, hacia sus propios pies, como un niño arrepentido. Pero, cuando alzó la cabeza para responder, su mirada topó con la mancha apenas perceptible de su brazo: por el sector distinto de la piel, asomaba lentamente la cabeza pequeña pero inconfundible de un gusano con dos diminutas antenas. El aire que entró por la boca e inundó los pulmones de Macciole no era el mismo que usaban para respirar los seres humanos. Ni el doctor Micle ni los guardias repararon en el gusano que asomaba por la piel del brazo de Macciole. Tampoco en el segundo, que serpenteó, por dentro de la piel, antes de asomar la cola y volver a hundirse. Miles de pensamientos cruzaban la mente desquiciada de Macciole.

Si no lo rescataban antes del alba, no existía rescate posible: las autoridades del Baldesarre lo enviarían al Reformatorio Sin Nombre. ¿Y de qué modo podrían rescatarlo antes de la madrugada? El manicomio se hallaba en estado de alerta. Nadie podría entrar con la facilidad que Dentolini y él lo habían hecho, y mucho menos salir. Al menos no esa noche. ¿Quién curaría su brazo?

—¿Es mudo nuestro amigo? —preguntó el doctor Micle.

—No lo sé, doctor —respondió Alfredo—. Desde que lo dejaron en la puerta no lo escuché pronunciar una palabra.

Macciole se desesperaba por hablar, pero una especie de demonio parecía amarrarle la lengua. Quería explicar qué hacía ahí, quería acusar a Dentolini, quería pedir ayuda para su brazo. Pero estaba mudo y sabía que estaba en problemas. Algo debía decir; pero, como en una pesadilla, no escuchaba su propia voz.

—En fin —dijo Micle—. Búsquenle un colchón.

Macciole se consoló diciéndose a sí mismo que, con el tiempo, huir de ese manicomio sería más fácil que huir del reformatorio. Debía aceptar su destino, recobrar fuerzas e intentar escapar cuando la ocasión se presentara propicia. El Baldesarre quedaba descartado: a partir de ese momento, librado a su propia suerte, sería un fugitivo por el resto de su adolescencia. La perspectiva comenzaba a no

parecerle desesperante, cuando de pronto escuchó al profesor Micle ordenar:

—Antes, por supuesto, el tratamiento para los locos nuevos: me le aplican la descarga eléctrica en el cerebro, y me lo dejan hecho un matambre con la camisa de fuerza. ¡Ojo que los locos nuevos tienden a escaparse! Después, cuando ya están tranquilos, prefieren quedarse. Bueno, rápido: a enchufarle los cables a la cabeza. Todavía queda algo de noche y me gustaría dormir.

7 AHORA MATÍAS ES LUCAS

Liberados del remolque, Fineo y Dentolini avanzaban a una velocidad razonable por la ruta. Los cuarenta kilómetros por hora que alcanzaba la camioneta resultaban suficientes para llegar al Instituto Baldesarre antes de las luces del alba. Dentolini sentía frustración por haber dejado atrás a Macciole. Bajo ningún concepto había querido abandonarlo. Tampoco se le ocurría cómo rescatarlo. Cuando no hay solución, pensaba Dentolini, mejor cambiar de tema. De todos modos, se dijo que en homenaje a Macciole completaría el plan, y nunca comería los chocolates.

La camioneta se detuvo junto al pozo que habían abierto Dentolini y Macciole al salir a la ruta. Dentolini pensó con cierta preocupación en regresar al interior del túnel: no sabía de dónde habían aparecido esas cigüeñas subterráneas, pero sí estaba seguro de no querer volver a cruzarse con ellas.

Pero Fineo, al menos por esa noche, no cesaba de proporcionar buenas noticias. Desestimó la invitación de Dentolini a sumergirse en el túnel, y le explicó:

—Yo soy profesor. Incluso fui director. Al Baldesarre entro por la puerta grande.

Dentolini caminó detrás de Fineo, y juntos se dirigieron a la casilla de seguridad de la entrada del instituto. El guardia miró con tanto asombro a Fineo que ni siquiera reparó en el rostro de Dentolini. Ante la mueca interrogativa del guardia —que podía querer expresar preguntas tan variadas como: quién lo dejó salir del manicomio, qué hace acá a esta hora, qué debo hacer, estará loco o se habrá curado—, Fineo respondió con un muy sencillo acto: retiró el dedo ensangrentado del bolsillo y, a modo de saludo, se lo puso en el correspondiente hueco de su mano, mostrándole dedo y mano al guardia. El guardia se desmayó. Su cabeza golpeó con fuerza la repisa de madera que sostenía el teléfono. Fineo y Dentolini ingresaron al instituto.

Dentolini suspiró aliviado: ya había regresado. Ocurriera lo que ocurriese, no lo deportarían al reformatorio, ni su nombre sería recordado como el de un improvisado.

Creyó Dentolini que ya no había más tiempo que perder ni planes que postergar. Llevó directamente a Fineo a la habitación de Matías. En el camino le explicó:

—El alumno Lucas Baden cree que su hermano gemelo muerto, Matías, en realidad vive en la Otra Mitad de la Tierra. Si recuperé su dedo, si fui a buscarlo a ese absurdo nosocomio donde usted se hallaba tan injustamente encerrado, si lo traje de regreso al Baldesarre, fue movido por la compasión hacia Lucas. Quiero que usted lo despierte y en el silencio de la noche le explique el recorrido desde esta Mitad de la Tierra hasta la Otra Mitad. No sé si podrá encontrar a su gemelo, que tal vez no se halle allí, sino en la Muerte; pero al menos podrá intentarlo. Al menos tendrá los recursos —impostó lástima en su voz Dentolini—. ¿No es cierto? Usted es el GPS para viajar de esta Mitad de la Tierra a la Otra.

—Por supuesto, por supuesto —respondió Fineo envalentonado, feliz, orgulloso—. ¿Qué más quiero yo que enseñarles a mis alumnos la verdadera Geografía?

Ambos avanzaron convencidos hacia la habitación señalada.

Dentolini despertó discretamente, sacudiendo algún hombro, palmeando alguna pierna, a los tres compañeros de habitación de Matías, y les indicó que aguardaran afuera. Los tres observaron los ojos feroces de Dentolini, y ninguno de los tres puso reparos. Salieron en piyama a la intemperie. A Matías, Dentolini dejó que lo despertara directamente Fineo.

—Lucas, Lucas —lo despertó Fineo—, vine a explicarle el recorrido para hallar a su hermano.

Fineo era el primer profesor que llamaba Lucas a Matías. Matías se despertó escuchándose llamar Lucas por un profesor. Las cosas que nos ocurren cuando despertamos, en el espacio exacto entre la vigilia y el sueño, son como un tatuaje: quedan marcadas en la piel del alma. Una idea estrambótica que nos transmiten cuando estamos despiertos, nuestra propia inteligencia la filtra. Una idea estrambótica que se nos ocurre en un sueño, la filtramos al despertar, porque separamos el sueño de la vigilia. Pero una idea estrambótica que nos susurran en el breve espacio exacto entre la vigilia y el sueño, se nos graba como una verdad, que puede durar todo el día, meses o la vida entera. De modo que cuando Matías se

oyó llamar “Lucas” por un profesor, en el momento de pasar del sueño al despertar, en su habitación vacía, observando cómo Fineo se colocaba su dedo en el hueco de su mano, se rindió.

—¿Lucas Baden? —preguntó Fineo, cuando Matías abrió del todo los ojos.

Matías asintió. Ya había olvidado su verdadero nombre. Matías había dejado de existir. O quizá nunca había existido. En esa habitación solo había tres personas: Fineo, Dentolini… y un tal Lucas Baden.

8 UNA VISITA AL PARQUE DE DIVERSIONES

La clase que Fineo le dio a Lucas Baden aquella madrugada, en la habitación semidesierta, tal vez no revista mayor importancia. Fineo se despachó con sus locuras. Dibujó, con tiza, mapas en el suelo. Elevó su dedo de cera hacia el techo, como queriendo señalar el cielo y las estrellas. Explicó cómo llegar a la Otra Mitad de la Tierra en cohete, y cómo encontrar los objetos y relieves de la Otra Mitad de la Tierra que se hallaban en esta. Un disparate tras otro, sin orden ni concierto. Sólo un concepto revestía alguna lógica: la idea de ciencia-ficción de que, un millón de años atrás, una explosión había dividido la Tierra en dos mitades, y que en alguna parte del Universo existía un planeta que era la mitad perdida del nuestro.

En este mundo hay varias clases de enigmas. Existen los que son muy significativos y a la vez muy fáciles de resolver. También los que son muy significativos y muy difíciles de resolver. Y por último, los que marcan el mismo sentido de la vida y son imposibles de resolver: por ejemplo, por qué estamos en este planeta y qué hay después de la muerte.

Pero hay enigmas que no tienen sentido, que no sirve para nada resolverlos, y que también son imposibles. El gran peligro es confundir los enigmas inútiles e irresolubles con los enigmas irresolubles pero fundamentales. No es su condición de imposible lo que hace fundamental a un enigma.

Las teorías de La Otra Mitad de la Tierra del profesor Fineo no eran más que una sarta de insensateces, y tratar de interpretarlas o comprenderlas era una pérdida de tiempo y energía. Sin embargo, como ocurre a menudo, lo aburrido e incomprensible también es largo: la clase duró hasta el amanecer.

A Dentolini le valió la espera. En cuanto Fineo acabó su alocución, se lo llevó, tomándolo del hombro, y permitió reingresar a los tres compañeros de habitación de Lucas, para que vistieran sus uniformes y se dispusieran a tomar el desayuno.

En el camino a la casilla de seguridad, donde el guardia ya había recuperado la conciencia, Dentolini le explicó a Fineo:

—Profesor, como usted recordará, para rescatarlo del nosocomio y traerlo al instituto, conté con la colaboración de Macciole, tristemente apresado por los carceleros del Da Silva. Nada me gustaría más que tenerlo a usted como profesor desde esta misma mañana, y quizá también como director. Pero, si nuestro actual director lo ve por aquí, al mismo tiempo que nota la ausencia de Macciole, no dejará de atar cabos. Me parece que lo más prudente es que usted regrese al frenopático, rescate a Macciole y, entonces sí, regresen ambos para continuar sus vidas, y las nuestras, en esta bendita institución.

Fineo ponderó el parlamento de Dentolini: tenía sentido. Sinceramente creía que era su deber rescatar al muchacho, que a su vez lo había libertado del frenopático (aunque, a decir verdad, no recordaba haber tenido ganas de marcharse de allí). Además, Dentolini le había regresado lo que más deseaba en el mundo, en esta mitad o en la otra: su dedo. Y quería cumplir con él.

El guardia de seguridad, pasándose la mano por el chichón, confundido, dejó salir a Fineo por donde había entrado. Dentolini notó que el rostro del guardia no era el mismo. El golpe le había quitado algo. Le había cambiado la expresión. Faltaba la mirada alerta, la curiosidad. Fineo se marchó caminando por la ruta. Aparentemente, por el paso cansino, estaba decidido a regresar a pie al frenopático. Dentolini sintió un ramalazo de melancolía al verlo perderse, detrás del vapor negro de un camión. Pero no había tiempo para lágrimas: Matías ya era Lucas. Y ahora había que concretar el plan del malogrado Macciole: la visita al parque de diversiones.

Durante la mañana y la tarde siguientes a la fuga y el regreso de Dentolini, ni los preceptores ni los profesores notaron la falta de Macciole. El propio Dentolini se encargó de gritar “presente” las dos veces que tomaron lista, impostando la voz para imitar al compañero ausente. Tratándose de una sola jornada, logró evitar el alboroto. Pero la farsa no podría durar hasta el día siguiente. De todos modos, esa noche estaba reservada a la visita al parque.

Si la teoría de Dentolini era rigurosamente cierta, una vez anclada el alma de Lucas cualquier alumno podría atravesar fácilmente la frontera entre el instituto y el parque de diversiones. Esa misma noche, los tres compañeros de habitación de Lucas —Covagliato, Gerban y Peraza—, guiados por Dentolini, incursionaron

en el parque, por primera vez desde la muerte del gemelo. Dentolini dudó acerca de si invitar a participar de la expedición a Lucas, pero finalmente se decidió por la negativa: ya de por sí la fuga incluía suficientes riesgos como para agregarle el de las imprevisibles reacciones de aquel gemelo con alma ajena.

Cruzaron la frontera en estado de elación. Sus egos levitando y sus pies disfrutando de cada paso.

No eran más que dos metros y medio. Y, sin embargo, durante años había sido imposible caminarlos.

El piso del parque era de tierra apisonada. Aunque no había viento, las sombrillas volantes chirriaban. Era un chirrido como el leve gemido de un cachorro moribundo. Los juegos parecían embalsamados. La montaña rusa, el Conga, el tren fantasma. A lo lejos, la luz de la luna rebotaba contra el laberinto de espejos.

—Entremos al tren fantasma —propuso Gerban.

—¿Para qué? —replicó Peraza.

—A Macciole le hubiera gustado —inventó Gerban.

Miraron a Dentolini como si él realmente lo supiera. Pero el alumno inmutable se encogió de hombros.

Gerban entró por la planta baja del tren fantasma, que tenía un piso superior. Covagliato lo siguió. Por un momento desaparecieron detrás de una mampara, e ingresaron en el túnel oscuro por el que pasaban los carros cuando el juego funcionaba. En su interior alternaban figuras y trucos que solo podían asustar a los niños pequeños: un decapitado que se sacaba y ponía la cabeza; un verdugo ahorcando, con sus propias manos, a un mismo condenado una y otra vez; una arañita de goma que rozaba el pelo de los viajantes; una vieja desdentada que masticaba el brazo de un niño. Al rato Gerban y Covagliato aparecieron en el piso de arriba. El piso superior era una caverna abierta, con estalactitas; allí montaban custodia dos gárgolas, una de las cuales, años atrás, escupía un fuego inofensivo sobre el cabello de los aterrorizados niños que pasaban en los vagones. Cerraba la escena una ostra gigante, abierta, tal vez porque así la había encontrado el último apagón, en cuyo interior se tomaba la cara, desesperada, una doncella o princesa.

Gerban azuzó una guadaña que le había robado a alguno de los muñecos de la planta baja. La agitó y comenzó a saltar en el lugar como un guerrero zulú.

Covagliato lo miraba un poco incómodo. Gerban se burlaba de

aquel viejo juego suspendido en el tiempo, como los aldeanos que derrumban la estatua de un rey muerto o un tirano depuesto.

De pronto algo apareció detrás de Gerban. No quedaba claro si una tela negra o humo. Pero Gerban se balanceó hacia delante como si lo hubieran empujado. Le tendió una mano a Covagliato, pidiéndole ayuda. Pero este, extrañamente, en lugar de tomarle la mano que le tendía, se aferró de la guadaña. Gerban cayó y Covagliato se quedó con la guadaña en la mano.

Gerban dio de cabeza contra la tierra apisonada, y se le abrió el cráneo en el acto. Covagliato lo miraba desde arriba, con la guadaña en la mano, sin poder creerlo.

Peraza se acercó a paso lento a Gerban. Pero Dentolini permaneció en su lugar. Cuando Peraza pudo dirigir la vista al rostro contuso de Gerban, el golpeado pareció él. Palideció y sudó. No podía articular palabra. Alzó una mirada desesperada hacia Dentolini, preguntando en silencio, con la boca abierta.

Entonces sí Dentolini se acercó. Y, luego de dedicarle un vistazo a Gerban, confirmó:

—Está muerto.

Peraza comenzó a temblar. Dentolini alzó la cabeza hacia el segundo piso del tren fantasma.

—Bajá —le sugirió a Covagliato.

Aterrorizado, pero no como un niño, sino como un adulto que ya conociera los motivos por los cuales vale la pena temer, Covagliato no atinaba a moverse.

—Bajá —repitió Dentolini.

—¡No puedo! —gritó Covagliato.

—¿Qué te pasa?

—Tengo miedo. No me puedo mover.

—Saltá.

—¡No!

—Bajá por donde subiste.

—¡Tampoco!

—No te podés quedar a vivir ahí.

—Avisen al Baldesarre. Que me vengan a buscar los bomberos. Que traigan un helicóptero, si hace falta.

—Lo haría con mucho gusto —concedió Dentolini—; pero en ese caso, nos atraparían a todos. Y eso no lo puedo permitir.

—Yo de acá no me muevo.

Dentolini resopló y mintió:

—Bueno, esperá ahí. Voy a buscar ayuda al Baldesarre.

—Prefiero que me atrapen a morir como Gerban.

Dentolini se alejó y le hizo señas a Peraza de que lo siguiera.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Peraza.

—Es un ataque de pánico. Espero que se le pase antes de que regresemos al instituto.

—Pero... ¿y si no se le pasa?

—No lo sé. Ya sabes que no tenemos padres: nadie a quien avisarle las malas noticias, y nadie que venga a ayudarnos.

—No podemos dejarlo solo allí. Ayudémoslo de algún modo.

—Subí a buscarlo —dijo Dentolini.

Peraza miró a Dentolini como si este le estuviera sugiriendo que subiera el Himalaya.

—¿Me acompañás?

—No —respondió Dentolini.

— ¡Pero solo no me animo! —gimió Peraza.

Dentolini se encogió de hombros.

—Vos sí te animás —lo acusó Peraza.

—Sí, me animo —aceptó Dentolini—, Pero no tengo ganas. Nadie me pidió permiso para subir, nadie me puede culpar por no ayudar a bajar.

Peraza dio unos pasos hacia atrás como para mirar en perspectiva las posibilidades de subir al tren fantasma, pero con tan mala suerte que le pisó la mano al cadáver de Gerban. Cuando se dio cuenta de lo que había hecho, pegó un alarido y salió corriendo.

Dentolini lo siguió, caminando.

Lo vio alejarse a toda velocidad, y perderse en la noche. Siguió por el mismo camino, sabiendo que en algún momento se detendría. Consideraba que ya estaba terminada la tarea iniciada por el pobre Macciole —que habiendo planeado la aventura no había podido disfrutarla— y deseaba regresar cuanto antes al Baldesarre; si era con Peraza, mejor.

En su recorrido tras las huellas apuradas de Peraza se cruzó con el viejecito al que solían alejar a piedrazos del parque. En esta ocasión, atornillaba una sombrilla a su travesaño, en el antiguo juego ahora detenido.

—Hola —dijo el viejo.

—Buenas noches —respondió Dentolini.

—Yo sabía que tarde o temprano el parque volvería a poblarse de niños —pareció alegrarse el viejo.

—Esto no parece muy poblado —relativizó Dentolini.

—Poblado de niños muertos —explicó el viejo.

Dentolini lo miró como a un loco. Pero el viejo siguió hablando, sin dejar de trabajar en la sombrilla.

—Esta sombrillita linda que usted ve acá... viene matando visitantes desde el año 1955. Se soltó de su eje como veinte veces. Claro, después hay que cambiarla de lugar, llevarla a otro parque, a otro país, a otro continente. Pero no siempre cierran los parques donde mata. Usted sabe, en ciertos países, podemos matar hasta cinco o seis visitantes en el mismo parque. Se le puede dar un dinero al intendente, a veces hasta al presidente. Pero, cuando nos cierran, me llevo a mi amiga y la atornillo en otra provincia, en otro país, en otro continente. No siempre se suelta del eje: en el año 68 electrocutó a una chica. Qué linda chica. Ojos azules. Le quedaron azul eléctrico. Y tampoco mata siempre: a un muchachito le partió la columna y lo dejó paralítico.

—¿Y usted por qué la atornilla?

—Ella me lo ordena —dijo el viejo.

—¿La sombrilla?

—Es mi dueña —explicó el viejo.

Dentolini comenzó a alejarse, pero el viejo siguió hablando:

—Yo no entiendo cómo la gente no lo descubre: en todo parque de diversiones hay un juego asesino. Tarde o temprano se cobra una víctima. Mi sombrillita está cebada, y repite más de la cuenta. Pero en todos los parques hay un juego que mata. ¿Por qué siguen visitando los parques?

—Tal vez por el mismo motivo que usted obedece a una sombrilla —comentó Dentolini.

—Ah, no. Lo mío es distinto —acotó el viejo—. Yo estoy dominado por ella: no tengo opción.

—¿Cuánto lleva sin comer... su sombrilla? —preguntó Dentolini.

El viejo lo miró, haciendo memoria.

—Y... —dijo finalmente— desde que cerraron este parque...

—¿Y por qué tanto tiempo de ayuno?

—La tecnología cambió mucho. Ya no me la aceptan tan fácil en otros parques. Hay otras normas de seguridad. Con los juegos electrónicos y todo eso, los chicos ya casi no se interesan por las sombrillas. La televisión, internet, la playstation... ¡cada vez es más difícil matarlos! Pero yo sé que este parque abandonado todavía le puede brindar satisfacciones a mi reina... La mayoría de los juegos murieron con el apagón general. Pero el Matterhorn y las sombrillas tienen generador propio. Claro que sí, a mi reina no la van a callar con un interruptor...

El viejo siguió atornillando. Dentolini pretendió alejarse, pero regresó hacia las sombrillas por otro costado. Caminando como un gato, sus pasos no alertaron al viejo. Dentro de una gruesa columna, como el vientre abierto de una bestia, podían verse los controles. Dentolini pasó por la puerta entreabierta sin abrirla más de lo que estaba. Palpó el tablero de control hasta encontrar la pieza que se le antojó correcta. La sombrilla debía de estar hambrienta.

La pieza era una suerte de cuerda como las que dan movimiento a los autitos o conejos de juguete de los niños más pequeños. Dentolini la giró con despreocupación, pero estaba soldada al tablero por el óxido. Se aferró a la cuerda con sus dos manos e hizo palanca con todo el peso de su cuerpo para que se moviera. Luego de muchos esfuerzos, sin resultado, probó girarla hacia la izquierda. La cuerda cedió. Dentolini, sudando, continuó ejerciendo el peso de su cuerpo hasta que la venció. La cuerda quedó vertical.

Las sombrillas chirriaron más fuerte, ahora con razón y, como si levantara el viento, comenzaron a girar hacia la derecha. El viejo las miró fascinado, como un niño que entra al parque por primera vez. Las sombrillas parecían librar una batalla grupal contra el tiempo. Y realmente luchaban contra el óxido. Dieron una primera vuelta a rastras, como una familia que se demora porque debe atender a sus niños y ancianos. Pero para la segunda vuelta ya habían superado la inercia de la quietud y cobraban velocidad. La tercera vuelta fue de calentamiento y la cuarta, ya tenía el vértigo que hacía unos años había provocado placer en los estómagos de los visitantes. En la quinta vuelta, la más lustrosa de las sillas, la que el viejo acababa de atornillar luego de haber pulido y fregado como un esclavo, se salió

de su eje y fue a dar contra su cara. El golpe arrojó al viejo de espaldas contra el piso. El pilar de hierro inferior de la sombrilla, que separaba en dos la barra de la que los visitantes se tomaban, hundió la nariz del viejo y dejó el rostro profundamente dividido por una prolija línea de sangre, carne y huesos.

Dentolini, ahora sí, se alejó en busca de Peraza.

Luego de caminar tranquilo bajo la luna, encontró a Peraza llorando, en cuclillas, contra la entrada del laberinto de espejos. Parecía una construcción de hielo, pero era de cristal.

Primero Dentolini había descubierto a Peraza por el sonido de su llanto. Ahora, al acercarse, notó que junto a Peraza, con medio cuerpo dentro del laberinto, se hallaba un muchacho que intentaba consolarlo. Le pasaba la mano por el cabello como un padre.

—No llores más —decía el muchacho—. Todos estamos perdidos: tu amigo allí arriba, tu amigo muerto e incluso este que acaba de llegar.

A Dentolini no le gustó que el desconocido se refiriera a él. Le clavó los ojos con su mirada de gato negro. Pero el desconocido no sintió el impacto. No había dónde mirarlo. Su cuerpo parecía inmune a Dentolini, y los ojos no tenían color ni sentido. Recordó entonces Dentolini la leyenda del niño que se había perdido en el laberinto de espejos en la década de los setenta.

—Vamos, Peraza —dijo Dentolini.

—¡No! —gritó Peraza, envalentonado por tener quien lo consolara—, ¡Vos querés abandonar a Covagliato!

—Yo no lo obligué a subir. Ni lo quiero ayudar a bajar. No es mi trabajo. Si querés, ayúdalo vos.

—No me animo solo.

—Pedile ayuda a tu amigo —dijo irónicamente Dentolini.

Peraza paró de llorar y miró al desconocido. El muchacho no tenía mirada, pero de todos modos dirigió su rostro hacia el de Peraza. Sin responderle, le tendió una mano.

Dentolini, para su propia sorpresa, se compadeció de Peraza y repitió:

—Vamos, todavía estamos a tiempo.

Pero Peraza prefería a su nuevo benefactor. Aceptó la mano tendida del desconocido. Ni bien su mano tocó la de Peraza, en el rostro sin expresión asomó una sonrisa frenética e iluminada. De un

tirón lo metió dentro del laberinto, y Dentolini escuchó gritar, como un eco que los espejos multiplicaban:

— ¡Todos estamos perdidos! Todos estamos perdidos.

Dentolini asintió, y se marchó lentamente por donde había venido. En su camino hacia la salida, escuchó los gritos de Peraza, desde dentro del laberinto:

—Dentolini, estoy perdido... Mi amigo se fue, no está... No puedo salir... ¡Estoy perdido! ¡Son espejos! ¡Estoy perdido!

—Todos estamos perdidos —le susurró a la noche Dentolini.

Luego, la voz de Peraza solo entonó un mismo grito: “Dentolini, Dentolini”, como si fuera el viento. “Dentolini”. Otro “Dentolini” comenzó a escucharse por el lado del tren fantasma, la voz de Covagliato, que clamaba por ayuda: “¡Dentolini, Dentolini!”. Entonces fueron dos las voces desesperadas que lo llamaban, alternándose en la noche.

Un sujeto disfrazado de Muerte, con una máscara de caucho, de las que vendían en las casas de cotillón, sosteniendo como un bastón la guadaña que había agitado Gerban, detuvo a Dentolini a la salida del parque.

—Te escucho muy solicitado esta noche —dijo la Muerte.

Dentolini le hizo un gesto de que se apartara.

—¿Vas a abandonar a tus amigos? —preguntó.

—Yo no tengo amigos —dijo Dentolini.

El disfrazado no se movía.

—¿Hasta cuándo? —preguntó Dentolini.

—¿Hasta cuándo qué? —remedó la Muerte con voz burlona, como si conociera la pregunta.

—Hasta cuándo va a durar todo esto.

—Hasta que tengas miedo —replicó.

—Yo no tengo miedo —declaró Dentolini. Y miró fijamente a la Muerte.

El disfrazado se corrió y lo dejó pasar.

9 DE REGRESO A LA NADA

Dentolini completó su fuga y su retorno con tranquilidad. No lo vieron ingresar en la noche al Baldesarre. Eligió para dormir la habitación que habían compartido Covagliato, Peraza y Gerban. Se sumergió entre las sábanas con la calma del deber cumplido. En la cama de al lado, el gemelo se sacudía y peleaba contra sí mismo en sueños. Una piedad que continuó asombrando a Dentolini, como una enfermedad que hubiera contraído en el parque de diversiones, lo impulsó a ponerse de pie. Despertó suavemente al gemelo. El gemelo abrió los ojos aterrado.

—Calma —le dijo Dentolini—. Ya terminó todo. Tu nombre es Matías. Sos Matías. Fue una pesadilla. Ya terminó.

Luego regresó a su cama. La pelea del gemelo contra sí mismo remitió, y se relajó en un sueño profundo. Al despertar, Matías había vuelto a su nombre como si nunca lo hubiera abandonado. Por orden de

Dentolini, en el desayuno, los demás compañeros también lo llamaron nuevamente Matías.

Pero la armonía duró poco. Faltaban Covagliato, Gerban, Peraza y Macciole. Nadie —excepto Dentolini— sabía dónde estaban. Las ausencias, indisimulables, de los tres compañeros de habitación revelaron, también, por acumulación y llamado de atención, la falta de Macciole.

Dos preceptores del Baldesarre salieron a buscarlos por el parque de diversiones, y otros dos, por la ruta. Volvieron, una hora después, sin novedades. Un patrullero policial llegó a la brevedad. También autoridades educativas a nivel nacional.

Mientras la policía pedía refuerzos y buscaba por el parque y las afueras del Baldesarre, los inspectores del Ministerio de Educación revisaban planillas y documentos del instituto. Todo estaba mal. No había registro de visitas, ni de entradas ni de salidas. Centenares de

cartas, fechadas hacía años, no habían sido enviadas; guardadas de cualquier modo, en cajones, placares, incluso en la bañadera del baño del director (que aparentemente nunca usaba). Había alumnos de distintas edades en el mismo curso, y uno en particular que cursaba siempre el mismo, sin que se tomaran medidas al respecto.

La entrevista con Tarriero hizo pensar al inspector que tal vez el director del Baldesarre fuera un loco escapado del Frenopático Da Silva. Apenas repasando su currículum, se preguntó en voz alta:

—¿Pero cómo le dan un puesto de director a un hombre que dejó que se caiga un techo encima de un chico?

—Yo más bien me preguntaría cómo permiten que ese techo siga techando —respondió Tarriero. E hizo el gesto de comillas con las manos.

El inspector no preguntó más nada. Hizo un par de llamados al ministerio. Le explicó a Tarriero que estaba despedido como director, pero que de todos modos no se preocupara, porque el Baldesarre sería provisoriamente clausurado. Diez micros anaranjados se acercaban a la localidad con el propósito de retirar a los alumnos y distribuirlos en otras instituciones educativas estatales, hasta que el Baldesarre pudiera volver a recibirlos en orden.

Pero antes que los micros llegó la prensa. Cámaras de televisión, periodistas radiales y gráficos. El inspector y los preceptores hacían lo posible por separar a los periodistas de los adolescentes. Pero no lograron apartar a tiempo a Tarriero, quien soltó una serie de disparates encomillados frente a cámara, hasta que el inspector consiguió llevárselo de un brazo y callarlo, evento que también fue rigurosamente filmado y televisado en directo. Tampoco les pudieron impedir a los periodistas filmar la cantera de cartas podridas. Y entonces sucedió: fue el mes del año en que las aves caían muertas. Primero un gorrión, con un ruido de media rellena de papel, una pelota trucha que cae en la casa de la vecina mala del barrio. Lo siguieron las golondrinas, que, muertas, eran más pesadas que vivas. Un halcón del tamaño de un pequeño avestruz rompió una cámara antes de caer frío encima de sus pares alados. Toda clase de pájaros y decenas de ejemplares de la misma especie se estrellaban, muertos, contra las cartas rechazadas, como kamikazes sin objetivos. Una de las periodistas, conocida por su osadía y su fervor, que había comenzado el reporte animosa y denunciante, vomitaba entre lágrimas. Los camarógrafos no se querían perder

aquel Apocalipsis de pájaros, pero los noteros no sabían qué decir. Se limitaron a mirar con la boca abierta mientras el país de televidentes tiritaba de asco y estupor.

El Baldesarre llegaba a su fin. Esa clase de instituciones solo puede subsistir en el aislamiento y el anonimato. Cuando los medios de comunicación, y los espectadores, lectores y oyentes, comenzaran a preguntarse por qué estaban esos adolescentes allí, por qué había un loco como director, por qué nadie les contestaba las cartas y por qué los pájaros elegían ese sitio para morir de a miles —sin contar las preguntas acerca de por qué había entre los alumnos uno que nunca crecía, por qué había muerto uno en el parque de diversiones de al lado y por qué otros cuatro habían desaparecido—, los cimientos del Baldesarre serían barridos hasta desaparecer.

Ninguna de las características que habían hecho al Baldesarre distinto lo hacían peor que otros colegios u orfanatos. Por el contrario, el trato entre los internos era mucho mejor en el Baldesarre que en otras instituciones de su tipo. Y, de hecho, por triste que resultase la conclusión, posiblemente no estuvieran mejor en ningún otro sitio. Pero el Baldesarre sí era más raro que todos sus semejantes. Y eso es imperdonable. Dentolini lo sabía bien. No estaba dispuesto a que lo montaran en uno de esos micros anaranjados que acababan de llegar y lo llevaran a un destino incierto. Quizás a un orfanato público o un colegio secundario internado, donde tendría que volver a campear por sus respetos, volver a soportar la sorpresa de docentes y alumnos o, peor aún, tener que crecer para no ser insoportablemente fastidiado. Dentolini ya había tenido suficiente de la raza humana, durante su infancia, como para querer volver a participar de sus menudencias.

La prensa, la policía y la clausura, paradójicamente, ayudaron a Dentolini a ganar anonimato. Había demasiada gente, demasiadas luces, demasiadas voces, demasiados pájaros muertos, como para que le prestaran atención. Mientras los muchachos subían a los micros custodiados por los preceptores, apurada la partida por la lluvia de cadáveres de pájaros, Dentolini se fugó por el túnel de los pájaros muertos.

Corrió bajo tierra sabiendo adonde llegaría. Pero no pudo prever con qué se toparía. Dos cigüeñas carniceras lo atacaron a picotazos, aproximadamente a mitad de camino entre el Baldesarre y el tramo de ruta al que habían emergido con Macciole.

Un pico logró herirle el cuello. Pero, lejos de atemorizarse, Dentolini se vengó. Tomó a la cigüeña por el cogote y comenzó a

retorcérselo con una saña tal que la otra, como una persona, se asustó y salió corriendo a grandes zancadas. Se había topado con uno más loco que ellas. Dentolini siguió apretando y retorciendo sin atender a nada más. Pero la otra cigüeña no solo huyó: también fue en busca de refuerzos. Cuando la cigüeña que lo había picoteado ya era un cadáver entre sus manos, Dentolini vio venir otras cinco: la que había huido, detrás de todas, como con el rabo entre las patas; y otras cuatro, cebadas, feroces. Pero Dentolini no se arredró: con una fuerza surgida de la emergencia y con la ayuda de la consistencia putrefacta de todo lo que vivía allí abajo, revoleando a la cigüeña muerta y retorciéndole aún más el cuello, logró separar la cabeza del animal y usar el pico como cuchillo y lanza.

Cuando cegó a una de las cigüeñas, las otras dieron un paso atrás. Pero Dentolini no se resignaba a un empate. Como un gladiador, atravesó el cuello de la cigüeña que había huido en la primera ocasión, y sacó limpio el pico utilizado como estoque, enjuagado en un chorro de sangre que fue a dar a las paredes del túnel. Otra de las cigüeñas se adelantó, más por reflejo que por ofensiva, y Dentolini le destrozó el pecho de un picotazo, también volviendo a recuperar su arma con presteza. La ciega y las dos restantes salieron corriendo. La ciega se estampó contra la pared y allí quedó clavada, como muerta, el pico hundido hasta el fondo de la pared del túnel. Las otras dos, sus plumas traseras bañadas en luz enfermiza y sucia, se alejaban como plumeros torpes.

Dentolini se dijo que ya estaba bien. Aunque dudaba de que regresaran a por él, corriendo hacia la salida llegaría antes de que pudieran volver a enfrentarlo.

10 LA LIBERTAD

Las dos noches de Macciole en el frenopático no habían sido fáciles. Le habían aplicado electroshocks, le habían puesto una camisa de fuerza y lo habían soltado en medio del descampado. Ni bien se recuperó de los golpes eléctricos en el cerebro, y con la ayuda de otros locos, se deshizo de la camisa de fuerza con cierta rapidez. Pero la infección en el brazo, provocada por el picotazo de las cigüeñas carniceras, se había desarrollado silenciosa e implacablemente. A diferencia de la herida sufrida por Dentolini en el cuello, que había sanado a los pocos minutos de sangrar, la de Macciole le había dado una sorpresa terrible.

A la segunda noche, el brazo comenzó a picarle hasta la desesperación. Se lo rascaba, se lo rasguñaba, se mordía de la impotencia. Los demás locos lo miraban como si estuviera loco. De pronto sintió un sueño mortal y se dejó caer en las sombras. Cuando Dentolini lo despertó, en el pasto, bajo el sol, como dormían todos los demás locos del Da Silva, Macciole le extendió el brazo para que lo ayudara a levantarse, y se dio cuenta de que su brazo no le obedecía. No le obedecía porque no estaba. Le faltaba un brazo. Macciole lo buscaba, a su alrededor, como si apenas se le hubiera apartado un poco durante la noche. No le dolía, ni siquiera le picaba. El muñón era limpio, preciso, quirúrgico, a la altura del hombro. Dentolini lo tomó por la otra mano y lo ayudó a levantarse.

—Me falta un brazo —dijo por fin Macciole. Como quien dice: “Perdí los documentos”. Como con la esperanza de poder buscarlo, de que alguien aparecerá con el objeto perdido, de que lo reclamarán por un megáfono.

Estaba aturdido por el impacto de la pérdida. Era un ataque de nervios cuya potencia se expresaba por medio de la falta de reacción.

—No entiendo... —agregó Macciole, pasándose la mano por el muñón.

—Tenemos que salir de acá —dijo por toda respuesta Dentolini.

Macciole asintió.

Caminaron como dos viejos compadres hasta el portón de salida. El guardia miraba un partido de fútbol en la televisión.

Salieron sin ser molestados, como si ya hubieran pagado el precio de su libertad.

"Toda clase de pájaros y decenas de ejemplares de la misma especie se estrellaban, muertos, contra las cartas rechazadas, como kamikazes sin objetivos".

UNA OBRA MAESTRA DEL TERROR QUE TE MANTENDRÁ EN VILO HASTA LA ÚLTIMA PÁGINA.

EL TÚNEL DE LOS PÁJAROS MUERTOS

La siniestra historia de Atilio Dentolini comienza con un grupo de amigos en una casa abandonada, una venganza y varias desapariciones.
Luego, el destino lo llevará al sitio de sus peores pesadillas: el Instituto Baldesarre. Allí habitan extraños personajes, un cementerio de pájaros suicidas y el olvidado parque de diversiones que alberga una maldición asesina.
¿Se atreverán Atilio y sus amigos a desafiar el terror y atravesar el túnel macabro? ¿Podrán salvarse de la locura y develar el misterio que se esconde detrás de las muertes?

ALFAGUARA
SERIE ROJA

ISBN: 978-607-11-0788-2
9 786071 107862